

La Ilustración Artística

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

AÑO XIV

BARCELONA 13 DE MAYO DE 1895

Núm. 698

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

En uno de los próximos números comenzaremos la publicación de la interesante novela de Juan de la Brete *Mon oncle et mon curé*, traducida al castellano por D. Carlos de Ochoa y Madrazo con el título de *Un buen tío y un buen cura*.

El mejor elogio que de esta novela podemos hacer es consignar que ha sido premiada por la Academia Francesa y que de ella se han hecho más de cuarenta ediciones en francés.

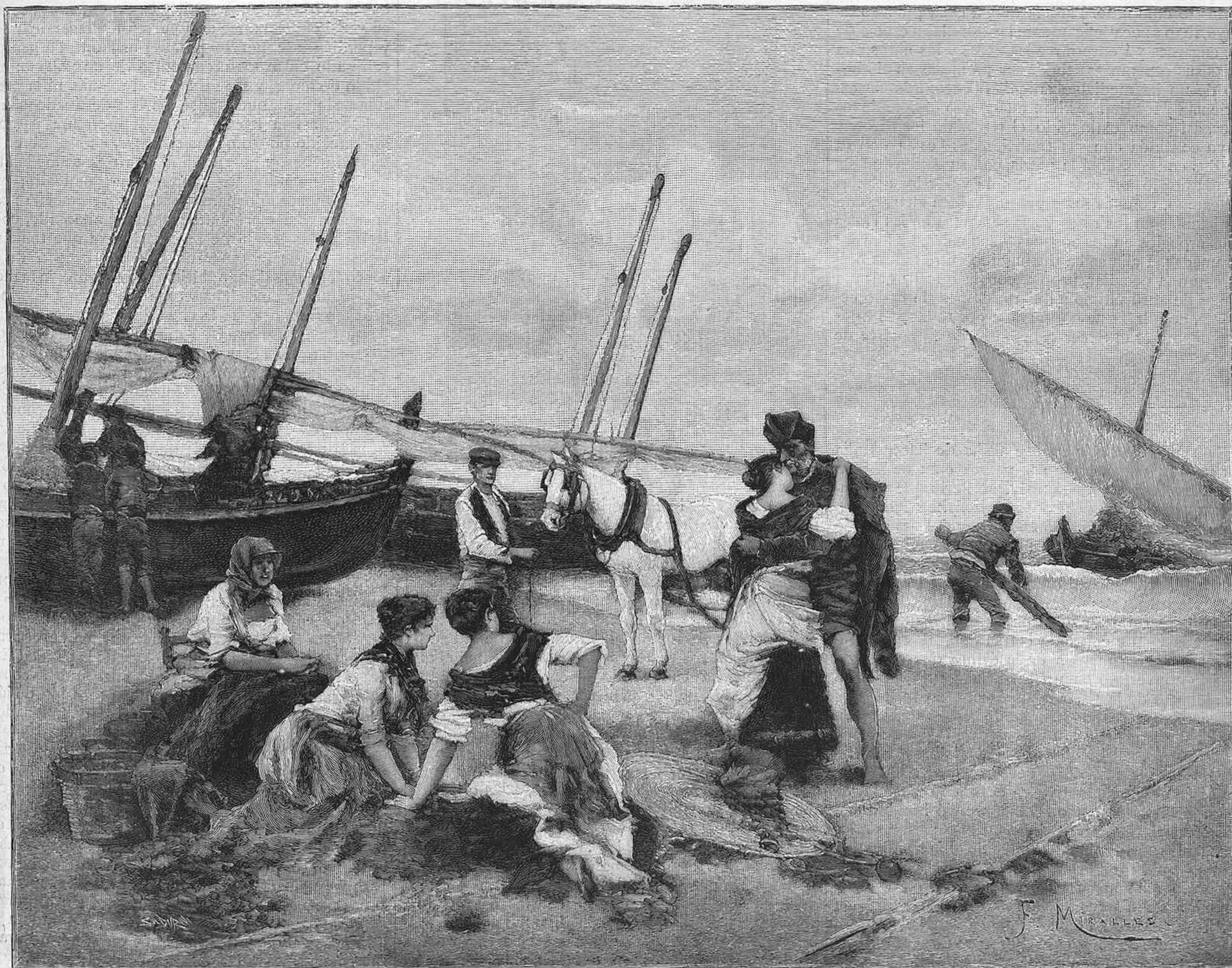
Un buen tío y un buen cura se publicará en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, profusamente ilustrada por el reputado dibujante D. José Cabrinety.

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Semblanza. Benjamín Vicuña Mackenna*, por la baronesa de Wilson. - *Un jugador*, por Narciso Oller. - *La ciencia de lo bello*, por José Echegaray. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Venganza corsa*, novela original de Jorge de Lys, con ilustraciones de Sauber, traducción de E. L. Berneuil. - *Vías férreas y vías acuáticas*, por Daniel Bellet.

Grabados. - *Regreso*, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní. - Retrato de *Benjamín Vicuña Mackenna*. - Grabado que ilustra el artículo original de D. Narciso Oller,

titulado *Un jugador.* - *Stella Maris*, cuadro de Mme. Demon Breton (Salón de los Campos Eliseos de París. 1895). - Retrato de *D. José Echegaray.* - *D. Manuel Cabrinety, D. Carlos Orta y D. José Caro*, director y profesores primero y segundo respectivamente de la Escuela Náutica de Talcahuano, Chile. - *La nueva Casa de Correos de Berlín.* - *Badajoz. 1812.* Copia del cuadro de R. Catón Woodville, expuesto en la Real Academia de Londres. - *La primavera de la vida*, cuadro de Noé Bordignon. - Seis grabados que representan otras tantas escenas de la novela original de Jorge de Lys, titulada *Venganza corsa.* - Material flotante y rodado de la *Pennsylvania Railroad Company.*



REGRESO
cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El mes de mayo. — Sus bellezas. — Temores desvanecidos. — Festejos tradicionales. — Centenario de Tasso en Italia. — Carácter y vida del poeta. — Sus obras. — Conclusión.

I

Uno de los privilegios atribuidos por la tradición al paraíso consistía en la perpetuidad inalterable de su temperatura y de su clima: de aquí el cielo siempre luminoso, el aire aromado siempre, florido el terrón, los arroyos susurrantes, la miel fluyendo por todas partes; en lo alto el éter esplendente y en los ramajes las flores abiertas; el nido lleno de vida y el ruiseñor animado de amor; coros compuestos con cromáticas escalas y aleteos de aves que suben á las alturas y endechan odas; una poesía natural, una música melodiosa, una pintura deslumbradora, vivientes y animadas; todo aquello que al mes de mayo caracteriza y distingue, haciéndolo tan hermoso en sí mismo como amable á los que habitamos estas zonas y anualmente revivimos tras el largo invierno con la hermosa y fecunda primavera. Parece que la humana sociedad, evolución del organismo y de la vida superior á la naturaleza, debía concordarse con el regocijo y animación de ésta, consagrando el mes de mayo también al arte y á la poesía. Pero no, hace tiempo que una porción de la sociedad amenaza con aprovecharse del primer día de mayo para dirigir declaración de guerra implacable á otra porción de la sociedad, trocando en odio entre los humanos el universal amor entre todos los seres. No hay palabras con que pintar el terror imperante sobre los menos por estos alardes bélicos de los más hace ahora un lustro cumplido. Parecía que, á cada primero de mayo, iban apocalípticamente las estrellas á caer de sus engarces y á encerrarse las flores y los nidos con todas sus esperanzas y todas sus promesas en el abismo de un irremediable aniquilamiento. Pero la experiencia y los tiempos han menguado el odio de los unos, así como extinguido el terror de los otros, y mayo continúa con sus tradicionales fiestas, con su día dos consagrado á la patria, con su Ascensión saludada por los órganos del templo y por los árboles del campo, con sus rosas puestas en los altares, con sus letanías en los rezos y sus serenatas en las calles y sus arpegios en los bosques y sus mariposas en las enramadas. Italia se ha distinguido entre tantas fiestas con una peculiar, propia, con la que ha cerrado el mes de abril último y abierto el mes de mayo corriente, con la fiesta consagrada por todos sus hijos á conmemorar el tercer centenario de la muerte de Tasso.

II

Es imposible decir cuanto acaba de hacer Italia por su gran poeta. ¿Que sus padres eran de Bérgamo? Pues fiesta en Bérgamo. ¿Que Ferrara le vió enfermar y lo recluyó dentro de un hospital? Pues fiesta en Ferrara. ¿Que nació en Sorrento? Pues grande reunión literaria celebrada por Sorrento. ¿Que murió en San Onofre de Roma? Pues peregrinación de innumerables romanos al monasterio sito en el Janículo donde pasara sus últimos años y á la celda donde despidiera su postrer suspiro. ¿Que hizo una égloga dialogada y muy conocida con el nombre de *Amin-ta*? Pues representación de la égloga que en un escenario convertido en un hermoso jardín recitaron los alumnos de la Escuela de Declamación de Florencia. Roma se ha distinguido especialmente en esta competencia de honores dedicados al autor de *La Jerusalén*, celebrando una exposición notabilísima de los manuscritos del poeta, descubriendo una lápida conmemorativa en el palacio Mancini de la vía Scrofa, en donde Tasso recibió hospitalidad del cardenal Gonzaga y distribuyendo premios á los estudiantes que los han merecido por sus composiciones sobre el eximio vate. No hay homenaje regateado á su memoria: que nada prueba tanto lo divino del arte como la inmortalidad alcanzada por los artistas y la consubstancialidad del espíritu inspiradísimo de éstos con el espíritu de sus pueblos. Pero el mayor obsequio de todos ha sido la colección de sus obras, publicada por el eminente literato Solesti, que la completa con una biografía tan extensa como minuciosa, en la cual no se pierde ni un recuerdo siquiera de aquella gloriosa vida. Y bien ha hecho, porque no consiste la grandeza de Tasso en unos amores desmentidos por la crítica, siquier los haya celebrado la poesía; no consiste tampoco en un

cautiverio exageradísimo por lord Byron y consistente sólo en la reclusión que se impone á un enfermo; consiste á la verdad en lo mucho que le hizo padecer su genio, el cual estallaba dentro de su cabeza y su corazón, haciéndole pasar desde su niñez hasta su muerte por los potros de verdadero tormento en un martirio sin término.

III

La grande apoteosis de Tasso está en su desgracia. La naturaleza le diera todos sus dones: inspiración en la mente inagotable, lira inmarcesible en las manos, corazón pronto al amor en el pecho, corona de genio en las sienas, vista para alcanzar las ideales formas sobre las formas efectivas de los seres en los ojos, palabra tan armoniosa como un cántico en los labios, fuerza bastante á contener con la idealidad eterna la realidad pasajera, con las cosas los arquetipos de ellas, con la luz del pensamiento la llama de las pasiones; y luego, cuando ha venido con esos dones de otro mundo superior á este bajo mundo, se ha estrellado contra todos los límites de la universal contingencia; se ha herido en todas las espinas de nuestras selvas de abrojos; se ha asfixiado en esta atmósfera cargada con las cenizas de la muerte; y el recuerdo de su patria ideal y el resplandor de sus le-



janos cielos sólo han servido para aumentar las tristezas de su destierro. Así ha nacido poeta, y grande poeta, en una edad en que se han agotado sobre el suelo de su Italia esterilizada por los tiranos todas las fuentes de poesía. Sobre los tiempos que cantaba habian pasado cuatro siglos; y el Sepulcro, cuyo rescate celebrara, estaba en manos de los infieles, guardado por los perros de Mahoma. La libertad sufría eclipse no menos triste y no menos largo que el arte y la conciencia. Como todos los sacerdotes del pensamiento, había nacido para las libres asambleas de los pueblos, y su negra estrella le lanzó en las esclavas cortes de los príncipes. Así no hay sitio por donde haya pasado el mártir que no esté obscurecido por uno de sus dolores y regado por una de sus lágrimas. En las sombrías paredes del Louvre, á las orillas del Sena, se ve su sombra triste como las nieblas del río, comparando el resplandor que da la corona de poeta, tejida por la mano de los ángeles, y la corona de monarca, forjada por la mano de los hombres; en los jardines de Ferrara, y á la sombra de aquellos bosques, se ven sus ojos, que buscan los ojos de una princesa, apartada del corazón suyo por los abismos insalvables de las supersticiones seculares y de sus artificiosas jerarquías, tan opuestas á las jerarquías naturales en el universo. Los edificios de la risueña corte de los Estes se hallan obscurecidos por aquellos tormentos del genio que rayaron en locura y por aquellos recelos del tirano que rayan en crueldad. Por Sorrento respira todo alegría: la vegetación, que enriquece tal suelo bienhadado; la luz, que brilla en sus horizontes diáfanos; el labriego y el marinero,

que fecundizan las tierras y las aguas; los pueblos que conservan el antiguo genio de Grecia; todo, menos la tristísima sombra de Tasso, que se pasea por aquellas orillas y que evoca el momento de su vuelta, solitario y receloso como un bandido, al presentarse con la pobre túnica de tosco pastor á las puertas del hogar. En Roma, en el monasterio de San Onofre, sitio de su muerte, el recuerdo de la agonía del poeta concuerda con los luctuosos objetos que os circundan. ¡Cuántas veces allí, á la sombra de un ciprés fúnebre; recostado sobre los restos de una columna rota; junto á tan modesto cenobio, triste cual obscuro panteón éste; al eco de la campana perdido en los solitarios claustros y del rezo murmurado por los monjes, últimos huéspedes de aquellos desiertos, he contemplado la lejana vía Apia con sus hileras de sepulcros amontonados como las generaciones en el juicio final; las colosales ruinas, por cuyas grietas vagan como fuegos fatuos las ideas muertas; los templos solitarios, sin culto y sin ceremonias, habitados por los cuervos en vez de ser habitados por los dioses; los campos de batalla, henchidos todavía de sangre y engendrando con sus letales vapores eternos remordimientos en la conciencia humana; las lagunas pontinas semejantes á inmensos depósitos de lágrimas, despidiendo en nubes de extraña forma y sombríos matices el hálito de la muerte; los ángeles exterminadores levantándose de tantos seculares despojos para vagar por esta necrópolis del mundo, por esta catacumba de todas las creencias, por este sombrero Josafat de la historia! Entonces, toda la vida del poeta subía tristemente á mi memoria. Veíale tierno y desposeído, á los primeros años, de su madre; libre, y obligado al oficio de cortesano; inspiradísimo, y buscando la fuente de sus inspiraciones allá en las cenizas de los recuerdos; filósofo, y caído en el infierno de la intolerancia religiosa; católico, y en pes de figuras menos que paganas, figuras magas, surgidas al conjuro de los sortilegios de Oriente; poeta, y en vez de adelantarse á lo porvenir, descaminándose y perdiéndose por lo pasado; brillante de genio, y eclipsado entre los ornamentos de un palacio; henchido de amor, y sin saber, ni él mismo, ni la posteridad siquiera, qué mujer amaba; destinado á embellecer, así la lengua como la literatura patria, y obscurecido por todas las sombras, y ahogado en todas las penas, y puesto en el potro de todos los tormentos; nacido para dominar, y dominado; para lucir, y perseguido; para consolar, y desgraciado; para encantar, y siempre entre angustias; adorando, como Reinaldo, la magia de una hechicera que toma mil formas y que le trastorna el seso, imagen de un deseo jamás realizado; hiriendo de su propia mano la poesía que le consolaba, como Tancredo á Clorinda; próximo á recoger en la cima del Capitolio, al ocaso de su vida, la corona de mirtos y laureles con que soñara á todas horas, é interrumpiéndole ¡cuitado! en aquel momento, al minuto mismo de su apoteosis, la muerte, para que ni siquiera en el sepulcro tuviese reposo alguno su eterna inquietud, ni alivio y consuelo sus dolores. Imaginaos á Tasso, que ha soñado toda su vida un triunfo semejante al triunfo de Petrarca, con una palma y un laurel en la cima del Capitolio, eterno templo de la gloria. En el penoso trabajo de la creación continua, le ha sostenido esa esperanza. En las tristes amarguras de la realidad, le ha consolado ese espejismo. Y llega la hora, y se acerca el momento. Y en su fiebre ve el triunfo. La colina sagrada del Capitolio está pronta; el palacio de los senadores, engalanado como para una fiesta de la antigua historia; las escalinatas, que conducen á la cumbre, todas henchidas de pajes y de alabarderos, en cuyas armas y en cuyas preseas se refleja el sol de la Ciudad Eterna; el pueblo romano, en las calles que avecinan, anhelante por aclamar y aplaudir; procesión de jóvenes vestidos de escarlata le precede; el Senado le acompaña; el papa le aguarda en su trono; las músicas entonan himnos, y el laurel va muy pronto á ceñir sus sienas; y cuando ve y toca y palpa todo esto con verdadera ansia, muere, y sólo recibe el frío contacto de la guadaña y el triste asilo de una obscura tumba fría y desolada, cuyo único ornamento está por muchos siglos en las dos sencillas palabras de su nombre. ¿No os parece una imagen de la humanidad, y de sus dolores sin tregua, y de sus esperanzas sin realización, y de sus aspiraciones sin término, y de su eterno prolongado martirio? La grandeza del Tasso está toda entera, más que en la hermosura de sus poemas, en la inmortalidad de sus dolores. Aquel laurel que no puede ceñir á sus sienas ha brotado de su tumba, y crece hasta llenar la eternidad, regado por las lágrimas de cien generaciones. Su miseria es su gloria, y sus tormentos su triunfo, y sus dolores su Tabor. La humanidad preferirá siempre á todas las glorias la gloria del martirio.

Madrid, 6 de mayo de 1895



SEMBLANZA

Bajo el nevado manto de la colosal cordillera de los Andes se oculta el torrente de fuego, vigoroso, activo, eterno, que se manifiesta en las alturas inaccesibles por vivísimos destellos, por focos de luz que á veces en fantásticas ondulaciones brillan como meteoros entre las nieves eternas y envueltos en las tenues é impalpables gasas del firmamento.

Así también, cubierto por blanquísimas y sedosas gudejas agitábase el espíritu, bullía el pensamiento, que en páginas robustas, en libros exuberantes de galanura y originalidad que traducían la rica privilegiada fantasía, en obras múltiples de importancia nacional y progresista impulso, ha dejado en Chile, y diré más, en América, huella genuina é imperecedera.

Ahora mismo y sin escatimar ni perder un detalle podría hacer el boceto, dibujar aquella figura del más caracterizado de los escritores chilenos contemporáneos.

Su presencia era bella, noble y correspondía á los sentimientos hidalgos y generosos, siempre dispuestos en favor de toda causa justa, de toda empresa digna y grande. El nombre de Benjamín Vicuña Mackenna es un portentoso monumento en Chile, que personifica la honradez acrisolada, el puro patriotismo, la actividad intelectual más extraordinaria.

Cuando yo lo conocí frisaba en los cuarenta y cinco años, pero el calor intenso de la imaginación había blanqueado sus cabellos. Tenía la cabeza proporcionada, hermosa, y el semblante me reveló desde luego la tenaz energía, la persistente labor de aquel cerebro. La frente era ancha, alta, reflejando el espíritu observativo, así como la mirada serena á la par que elocuente y velada en ocasiones por nubes de melancolía: llevaba bigote blanco y nutrido.

Seducía por su trato obsequioso, delicado y hospitalario, muy particularmente al tratarse de hacer á un extranjero los honores de Chile, y en este caso, puedo juzgar por mí misma, por más que viera también frecuentes pruebas con otros.

Puede ser que al tratar de Vicuña Mackenna vaya demasiado lejos, llevada por la cariñosa amistad que profesé al caballeresco soñador; pero aun así, nunca mi pluma llegará á dar sino una pálida idea de su talento fecundo, trascendental para la patria, ni de la existencia activa y laboriosa del infatigable ingenio que al brote de la idea tomaba caprichosos y variados giros, ora al internarse en las profundidades de la historia, ora jugueteando por las amenas regiones donde el pensamiento se esparce sin trabas y llega á las cimas del idealismo.

No pocas veces su inspiración revistió carácter épico, y derramando sus tesoros á manos llenas, usó de ellos para estimular el patriótico instinto de las masas, caldeando el espíritu público, ya desde las columnas de la prensa, en folletos, ó en el Congreso, con su elocuencia enérgica y el empeño decidido de glorificar en todo el nombre chileno.

La vida de Benjamín Vicuña Mackenna fué relativamente corta, sólo alcanzó á cincuenta y cinco años, y parece imposible el trabajo creador, la fuerza desplegada por el atleta de la idea perdurablemente transmitida y esclava de la voluntad y de la acción.

«Querer es poder,» pienso sería el lema del Plutarco chileno, que rompiendo, si puede decirse así, la rutina que era dominante en Chile, transformó en hábil industrial al indolente obrero, y fué uno de los grandes contribuyentes para propagar principios liberales. Deleitando al lector excitó su interés por las glorias nacionales, y con gráficas pinceladas puso de relieve las hazañas de los héroes y las individualida-

des más culminantes en la política ó en la organización del país. No hay para qué ponderar su popularidad lógica y justa, añadiendo que al revés de todas las grandes entidades no tuvo ni envidiosos ni enemigos. La grandeza de alma, el carácter franco y digno de Vicuña Mackenna, el misterioso atractivo de su pluma ó de su palabra, su protectora influencia, le granjearon la admiración general.

Descollaba el autor de «Diego Portales» no sólo por las fogosidades y entusiasmos del hombre político, del publicista notable y de la entidad apropiada para ejercer altos cargos públicos, sino á la vez por la sencillez de su vida doméstica, por las bondades de su carácter, que convertía su hogar en un oasis, en un santuario, donde era el patriarca más querido y venturoso. Nada tan apacible y sereno como la mansión de Vicuña Mackenna; nada más hermoso que el cuadro de familia y el conjunto de los seres que le rodeaban.

No olvidaré decir que la puerta de la casa no se cerró jamás para nadie; ricos, pobres, extranjeros, todos tenían entrada franca y benévola acogida.

En 1876 las auras populares proclamaban á Vicuña Mackenna candidato para la presidencia de la república. A la sazón recorría yo por primera vez la nación chilena. Era de ver y es de consignar el aplauso y las ruidosas ovaciones, pues á semejanza de vencedor romano se vitoreaba su nombre y se tendían alfombras de flores á su paso.

Pero más que en la política sobresalió en aquello de registrar empolvados y vetustos pergaminos, siendo su mayor goce y su elemento rebuscar en las crónicas olvidadas en el rincón más obscuro de los archivos, en las necrópolis de libros, en los farragos de papeles encontrados en su despacho, en el cúmulo de obras de consulta inglesas, francesas, italianas ó españolas, que alternativamente le servían para tomar datos; este trabajo era continuo, sin tregua ni reposo. «Ya descansaré en el sepulcro,» decía cuando el quebranto de su salud era visible é inspiraba temores á su familia.

La inercia era la muerte moral para aquella naturaleza, y lo prueba su última obra «Al Galope,» escrita en pocos días, con el ánimo decaído y el físico enfermo y hasta escapándose á la vigilancia de su adorada y hermosa compañera, á quien los médicos recomendaban le hiciera tener descanso, indispensable para prolongar su vida.

Un día y encontrándose entonces alejado de la política, unos amigos suyos y compañeros en la prensa le repitieron las palabras de Lutero en el cementerio de Worms: «Los envidio porque descansan;» á lo que Vicuña Mackenna contestó: «Al contrario podría yo decirles á ustedes: Los envidio porque luchan.»

Rendía verdadero culto á las innovaciones y lo llevó á su grado más alto mientras tuvo á su cargo la Intendencia de Santiago. Cada día, cada hora ponía en práctica un proyecto para hermoear y engrandecer su cuna, la opulenta ciudad de los palacios, la capital de Chile.

Avenidas soberbias, calles espaciosas trazadas con buen gusto, ensanches que honrarían á los grandes centros europeos; asilos, hospitales, plazas y jardines; exposiciones, torneo necesario para estímulo de los pueblos; todo lo abarcaba. Todo lo invadía aquella capacidad potente.

En la misma época su imaginación impresionable concibió una idea, la más bizarra, original y feliz de cuantas hubiera concebido hasta entonces: convertir un cerro inculdo, estéril y enriscado en verjel paradisiaco; en paseo ameno y alfombrado perennemente con flores y follaje en sitio delicioso para solaz y meditación, con glorietas rústicas, con fuentes murmu-

radoras, con bosquecillos alegres, haciendo del peñasco un mirador admirable que domina la población y la campiña.

Si retrocediéramos tres siglos y medio veríamos al pie del peñón histórico al valeroso conquistador don Pedro de Valdivia, en los momentos de trazar la ciudad que en lo futuro había de adquirir preponderancia tan alta.

El vástago de las moles andinas, el «Huelén» (Dolor), cambió su nombre indígena, merced á la ermita de Santa Lucía que erigieron los españoles en la cúspide de la roca, sin que perdiese su aspecto escarpado y agreste, hasta que la voluntad de un hombre, su pensamiento por demás extraño, operaron la maravillosa transformación y bordaron las faldas de la colina con lozanía y gala, con cálices variados que despiden esencias deleitosas.

Y allí en la cumbre empinada hizo labrar su sepulcro Vicuña Mackenna, en sencilla cripta cerrada con lápida de mármol negro, para descansar como en sarcófago egipcio y tener aun en la eternidad la compañía grata de los que formaron su hogar y su encanto en la tierra.

Hace tres años, al encontrarme de nuevo en Chile, visité la tumba enaltecida y venerada del escritor ilustre, y desde allí me encaminé á su casa, animadísima cuando él vivía, cuando él pensaba y elaboraba, cuando la cabeza y el corazón iban de acuerdo y ponían en práctica regeneradoras ó filantrópicas ideas. Produjome hondo pesar recorrer los jardines y los aposentos, evocando recuerdos con la gallarda pero triste viuda que conserva con amor y religioso culto mucho de lo que perteneció al hombre inolvidable, pues una gran parte de objetos valiosísimos fueron robados en las últimas convulsiones populares.

El tesoro legado á la posteridad era inmenso. Manuscritos sabiamente coleccionados; legajos voluminosos, guardando los documentos de gran valía para la historia; libros curiosos y de ediciones agotadas, que con prolijo interés buscó y encontró en sus investigaciones: citaré, entre otras, una hermosa copia del archivo de Indias, en Sevilla, primorosamente empastada.

Así la quinta es un museo pintoresco y raro; es una morada que revela en toda su extensión las aficiones del que la habitó, abandonándola para ocupar un puesto en el templo de los inmortales.

Poseía además un sitio de recreo, allá muy cerca del río Aconcagua: una casa pintoresca por extremo y en la que pasaba largas temporadas entregado á la vida saludable del campo.

En Colmo había reunido Vicuña Mackenna objetos de interés histórico, formando una especie de museo. Allí vivía en aquel hermoso valle, donde se recordará perdurablemente la noble figura del chileno insigne. Era de ver su vida patriarcal y el cariño que esparcía por todas partes.

En Colmo luchó con la enfermedad, pidiéndole á la naturaleza exuberante nueva savia que vigorizara su debilitado organismo, sintiendo misteriosa melancolía, algo inexplicable que le anunciaba el final de su laboriosa carrera.

Y en la pintoresca hacienda de Santa Rosa de Colmo dejó de existir.

La tarde y la velada rodaron rápidas, dejando en mi ánimo memorias dulces y eternas, y sirviéndome para conocer más detalladamente los últimos años de aquella existencia, de aquel entendimiento esmaltado con filigranas sin par.

La figura de Vicuña Mackenna ha guardado todo el realce y alteza intelectual, y conservará su más vigoroso colorido en la historia de la literatura americana del siglo XIX.

LA BARONESA DE WILSON

UN JUGADOR

Como se perseguía el juego, el teniente Gutiérrez no pudo moverse en toda la tarde del garito El Barcelonés. Y como... ¡mal rayo las parta! las buenas estaban de malas y él jugaba á las buenas, á las cinco le habían dejado ya enteramente desplumado. Suerte que, preparando el día anterior la mudanza de casa, había podido escamotear una manta más, que, bien empeñada, no dejaría de proporcionarle las tres ó cuatro pesetas que necesitaba para intentar el desquite.

Gutiérrez no había cenado y el hambre le atormentaba atrocemente; pero si en su casa no quedaba ni un

Desde allí al cuartel hay una legua de camino; mi mujer no podría venir á Barcelona; las niñas habrían de seguir sin ir al colegio, y ahora quiero que vayan. ¡Digo si quiero!.. ¡Ea, Gutiérrez, á recoger la manta y á llevarla á casa del.. de ese judío, iba á decir; pero ¿quién sabe si esta incurable costumbre de maldecir de quien más necesito, me ha hecho perder muchas veces? ¡Es tan misteriosa la suerte! ¿Quién me asegura que el revés de esta tarde no lo deba al deseo que me acometió de ahogar al Bizco? ¡Habrás visto hombre de más suerte! Pero lo que sé es que, desde aquel momento, empezó á caer aquella lluvia de malas, que ni el fuego de los carlistas cuando nos sorprendieron con Nouvilas. Si esto son delirios (?) ó no,

paseo central y pasó á la acera. De los *restaurants*, de los cafés se escapaban efluvios aperitivos, rumores de cubiertos, de vajilla de loza y de cristal, recordándole que había comido poco, que no había cenado nada, aumentándole las punzadas del estómago, redoblándole los escalofríos y tentándole á entrar en alguno de aquellos establecimientos. Él se resistía, viraba en redondo, volvía con vacilantes pasos al paseo central, mustio, cabizbajo y con el sofocante sombrero cada vez más caído hacia el cogote. De vez en cuando sentía temblores de frío, de un frío entre cuero y carne que le obligaba á retorcer bruscamente el cuerpo mal arropado y meterse otra vez las manos en los bolsillos; pero al tibio contacto de las pesetas, un sudor



UN JUGADOR. — Toma..., tómallo todo... Me han muerto casu...al...mente. Dáselo todo á Elvira..., á mis hijos...

mendrugo, ¿á qué ir á ella? Presentarse allí sin medios para aliviar la miseria, para hacerse perdonar la última disputa, sólo serviría para agravar inútilmente el malestar. Fuera de que el corazón le decía que aquella noche había de ganar. ¡Qué diantre, si ya debía haber ganado por la tarde! Nada, nada: ante todo buscar el desquite, recobrar lo perdido para pagar deudas y deshacerse del paquete de papeletas de empeño que su Elvira le guardaba. Un militar sin espada ni revólver no podía pasar, y una situación como la suya imponía un último esfuerzo. ¡El desquite, el desquite, y después ya jamás, jamás! ¡Oh! Lo que es esta vez nadie le haría faltar al juramento! Por consiguiente, valía la pena de aventurar las pesetas de la manta, aunque ni él ni su familia cenasen y alguno hubiese de tiritar de frío en la cama. Al amanecer volvería rico á su casa, y habrían acabado los apuros: su pobre Elvira, al ver aquel fajo de billetes, se lo perdonaría todo y se volvería loca de alegría. Y él no pondría jamás los pies en una casa de juego jamás.

— Mañana, gran fiesta. Ante todo, buscar nodriza para el chiquitín, y veremos si él y su madre se reponen; luego, á comprar vestidos y calzado para las cinco niñas; proveernos Elvira y yo de ropa para el invierno; y una buena comida..., ¡ah sí, una buena comida!., y después... dejar el piso que hemos ocupado hoy..., porque... vaya, esa calle de Alcolea, allá á lo último de Sans, está demasiado lejos para todos.

venga Dios y véalo. Lo cierto es que todos los días se ven misterios por el estilo. Sin ir más lejos, ahí está Mora que tenía la seguridad de perder el día que daba un tropezón. Y yo mismo, ¿cuántas veces no he logrado que cambiara la suerte sólo con mudarme de dedo la sortija?

Y haciendo estas desatentadas reflexiones, llegó al cuartel, confió la manta á un ganapán de la calle, y... pies para qué os quiero..., corriendo á empeñarla.

Al bajar las escaleras de la casa de préstamos iba más contento que unas castañuelas. ¿Cómo no estarlo con esas dos cosas de buen agüero?

Primera: haber obtenido, no ya cuatro pesetas, sino cinco.

Segunda: que las cinco eran alfonsinas, del rey niño: de ningún rey caído, ni de ninguno difunto.

¿Qué digo dos cosas? ¡Si eran tres!

Tercera: que registrándose los bolsillos, aún se encontró diez céntimos para pagar al mandadero; es decir, que le quedaban mondas y lirondas las cinco pesetas para volver á jugar.

Lo malo era que acababan de dar las siete y el corazón le decía que no se debía poner á jugar hasta las nueve. Nuestro hombre empezó á dar vueltas por la Rambla, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero echado atrás, pensando en su apuradísima situación, soñando con el desquite. Pero como la gente atareada le empujase, le diese continuos codazos y empezase á aturdirlo, salió del

frío le inundaba de pies á cabeza. Porque no era, no, el templado calor seco é insípido de la moneda puesta al abrigo de su pantalón, ni tampoco el del metal de una espada calentada con la sangre del enemigo; era como el de una mano generosa que agitada y sudurosa le socorría. «Aquí lo tienes, corre á tu casa, alimenta á tus hijos, compártelo con tu esposa, enjuga las lágrimas, apaga la sed, calma el hambre, y si no — al menos, — sáciate tú,» parecía decirle una voz al oído. Y se le doblaban las piernas, y los ojos, aquellos ojos saltones, parecían salirle de las órbitas, y sólo una fibra de voluntad le aguantaba, le mantenía el tino necesario para no caerse.

Aguijoneado por el hambre, mareado por aquel vaho, aturrido por las voces interiores que le ponían en pugna con la voluntad, empujado por el temor de sucumbir á los estímulos del instinto de conservación, huyó, huyó de la Rambla, y se puso á dar vueltas por calles, callejones y plazas, arrimándose á las paredes, dando traspiés, sin saber adonde encaminaba sus pasos, hasta que, de pronto y cuando ya casi le faltaba el aliento, tropezó con el escalón saliente de una escalinata. Fijó la vista, y notó que estaba delante de una iglesia, de una iglesia gótica que no conocía, abandonada en aquella plazuela oscura, negra, por la que no transitaba alma viviente. La puerta estaba en el fondo del atrio ojival y convergente, por donde se colaba un airecillo tibio, absorbiéndolo, ofreciéndole abrigo y un calor que consolaba.



Virgile Demont-Breton
1894

A. S. Allard

STELLA MARIS, cuadro de Mme. Demont Breton (Salón de los Campos Eliseos de París. 1895)

Una idea extraña cruzó por su mente: ¿si rezase?..

Subió trabajosamente las gradas, y entró. La iglesia estaba tenebrosa, llena de devotas sumergidas en ne-gruzca masa en aquella oscuridad que ni permitía vislumbrar las simétricas capillas abiertas en fila á ambos lados. Solamente allá en el fondo, á la mitad del altar mayor, resplandecía una gran mancha de luz, destellaban algunas aristas de oro del esbelto templete gótico cuyas delgadas agujas trepaban hasta las nebulosidades que escondían la bóveda.

Gutiérrez avanzó, avanzó con trabajo, siempre atraído por aquel foco de resplandores. Estaba este foco encerrado en un arco esbeltísimo, festoneado de dorados encajes. Gutiérrez siguió avanzando más y más por entre las mujeres arrodilladas, con los ojos fijos en la resplandeciente mancha suspendida en el aire, más esplendorosa á cada paso, más viva, más celestial, hasta descubrir en medio de ella á la Virgen, con su vestido blanco, su manto azul, sus blondos cabellos, la mirada fija en el cielo, las manos místicamente plegadas sobre el pecho, y sus delicados pies hollando una serpiente que aprisionaba con sus apretados anillos un mundo. La claridad, aquella claridad blanca y deslumbradora, parecía brotar resplandeciente de la figura ideal de la Virgen, estaba dentro de la gama de tonos de su ropaje, del rosa purísimo de las carnes, de las cerúleas transparencias de sus ojos. Y cuerpo y luz, al besarse, se esfumaban, se confundían en vaporosidades lumínicas que borra-ban los contornos y daban hálito de vida ultraterrestre al rostro virginal de la imagen, á sus delicadas manos. Oleadas de incienso subían delectosas á arrebolarse con las castas blancuras de aquella luz, y quedaban meciéndose ante la Virgen, perezosas de remontarse al cielo.

Febil, casi sin aliento, el jugador cayó de rodillas al pie del presbiterio. Su mirada, ya humillada y rendida, volvió á levantarse con el incienso hasta los hermosos ojos de la Virgen. Y allí se detuvo, allí se cernió afanosa de caridad, sedienta de consuelo.

Pero la Virgen miraba al cielo; en su éxtasis, incomprendible para el jugador, aquellos preciosos ojos, de pureza infinita, ni pestañeaban, ni se inclinaban nunca á mirar á la dolorida multitud que á sus plantas oraba. En aquella oscuridad, en aquel recogimiento devotísimo, oíanse gemidos, suspiros ansiosos, toses henchidas de dolorosos anhelos, de todo el afán infinito de una humanidad desamparada, fervientemente ganosa como él de consuelo..., pero la Virgen no bajaba los ojos.

— ¡Oh Virgen, oh Madre, que miráis al cielo, alcázar de todas las dichas..., dignaos mirarme á mí! Vengo aquí á arrepentirme, vengo aquí en busca de consuelo, vengo aquí para pedir consejo. No soy yo; es el esposo, el padre...

Y no pudo acabar, porque se le anudó la voz en la garganta. Mas de súbito los ojos, preñados de lágrimas, se le secaron; en sus pupilas brilló una chispa; quedóse con la boca entreabierta, temblorosos los labios, y extendió los brazos en actitud de anhelante súplica.

¡Oh, sí! Lo había visto, lo había visto. El pecho de la Virgen se movía, palpitaba con ruda lucha para romper á hablar; sus pequeños dedos, abiertos ya, temblaban como juncos; sus ojos lloraban; vibraban sus párpados: le iba á mirar... ¡Oh, sí, le iba á mirar!

Y las azules pupilas, á las que convergían todos los rayos de aquella luz celestial, fueron realmente bajando, bajando con la solemnidad de estrellas ponientes, y aquellos ojos divinos, al tropezar con la maravillosa mirada del hombre, se clavaron en ella.

— ¿Ganaré?, preguntó él entonces, jadeante de agonia suprema y aguzando la mirada hasta lo imposible.

¡Oh, sí! Le dijo que sí! La vio bajar la cabeza, y humillando él la suya con rendición absoluta, sintióse anegado en resplandores de gloria.

De este modo permaneció algunos momentos que le parecieron siglos. Después se atrevió á levantar los ojos poquito á poco. La Virgen miraba otra vez al cielo, inmóvil, indiferente á la multitud dolorida que á sus plantas oraba.

Gutiérrez se alzó á costa de mucho trabajo. El temor de haberse engañado, la duda, le tenían trémulo, desalentado. Presa de la incertidumbre, salió sin santiguarse, y ya fuera del cancel, se caló el sombrero, exclamando fuera de sí:

— Todo ha sido mentira; todo ilusión.

Mas de pronto, y como le pareciese aquella negación una blasfemia, se maldijo á sí mismo. Y suspirando desesperado, retrocedió, volvió á entrar en el templo, cayó de rodillas y profirió palabras de arrepentimiento, solicitando compungido la reconciliación del cielo.

Y salió mareado, esclavo otra vez de la duda, sin bastante fe para creer, con sobrado sobresalto para negar; y huyó, huyó de allí, lleno de dolor, ciego, loco

y haciendo esos como un beodo; llegó al Barcelonés, se abrió paso entre los jugadores á fuerza de codazos y echó una peseta á buenas.

«Malas,» dijo la suerte.

«Buenas,» refunfuñó él con rabia, echando otra peseta.

«Malas,» recalcó la suerte.

«Buenas,» repitió él, apretando los dientes.

«Malas,» volvió á decir la tozuda enemiga.

«Buenas, y si no un tiro.»

«Buenas» hicieron por fin los dados, dando saltitos sarcásticos.

Y, ora á buenas, ora á malas, siguió jugando, doblando, ganando 5, 10, 20, 40, 80, 160, 320, 640; en una palabra, hasta 3.000 pesetas.

Cuando de pronto:

— ¡La policía! ¡La policía! gritó un hombre, entrando y echando la llave á la puerta.

Apagóse el gas, cien garras cayeron sobre el tapete, claváronse cien codos en las costillas de unos y otros; bancos y sillas rodaron por el suelo entre un confuso montón de hombres que se arremolinaban, se repelían á puñetazos y puntapiés sin dar un grito ni proferir una palabra; se abrieron puertas y ventanas, y á la tenue claridad de las estrellas, se vieron saltar, dando tumbos y coscorrones, fantasmas y más fantasmas al medroso vacío exterior.

De repente sonó un pistoletazo, crujió la puerta, saltó la cerradura con porción de astillas, y la reverberación del farol de un sereno inundó de crudos resplandores el desgarrado tapete de la larga mesa. Todo un pelotón de guardias se precipitó por las puertas contiguas á registrar la casa, á escudriñar desde las ventanas las tinieblas del jardín, mientras el comisario recogía pesetas del suelo.

— ¡Alto! gritó de pronto uno, tropezando con un cuerpo inmóvil. ¡Luz, luz! Aquí hay un hombre.

Todos acudieron á los gritos y se inclinaron sobre un hombre estirado junto á un reguero de sangre que le brotaba aún del corazón. Estaba demacradísimo, tenía los ojos entornados, los labios contraídos por el dolor, la nariz afilada y blanca del moribundo. Pero como todavía respiraba, el comisario envió agentes en busca del Juzgado de guardia, de médicos, de una camilla, y salió de la sala dejando de vigilancia á uno de sus subordinados.

Éste, apenas se vió solo, cogió la vela que le habían dejado encendida, y se puso á registrar todos los rincones de la sala por si quedaba algo que recoger. Después, cerrando la desvencijada puerta, dejó la luz en el suelo, se acercó al herido y lo contempló con la mayor atención. Tenía los ojos más hundidos, la nariz más cárdena, la boca abierta, pero sin respirar. Un gran cuajarón de sangre le tapaba el desgarro de la ropa, que en la parte mojada empezaba á acartonarse.

No satisfecho aún, se arrodilló, se bajó y le aplicó la mano al pecho con sigilosa atención.

«Está muerto,» pensó.

Reflexionó un poco, y venciendo por fin vacilaciones secretas, comenzó á registrarle con la afanosa codicia de un merodeador de campos de batalla.

«¡Oh qué gozo! ¡Qué fortuna! ¡Tenía los bolsillos llenos de oro, de plata, de billetes!»

Mas de pronto retrocedió pálido, asustado; su presa se movía, le podía descubrir.

El herido abrió los ojos, movió los labios, é hizo un ademán reconciliador lleno de dulzura.

Temblando, estremecido, más blanco que la víctima, aquel ladrón se resignó á escuchar la voz débil, imperceptible, del herido, que le decía anhelante y como á sacudidas:

— Toma..., tómalo todo... Me han muerto casualmente. Dáselo todo á Elvira..., á mis hijos... Están en la mi...se...ria... Aquí... tienes... las señas..., la libreta... de alquiler...

El policía, tocado en el corazón, se quedó diciendo que sí con la cabeza, leyendo en la vidriosa mirada del moribundo toda la sed infinita de un juramento sagrado. Y aún el moribundo le estimulaba con temblorosas señas á perfeccionar la obra, indicándole el bolsillo interior donde llevaba la libreta. Pero el policía se quedó indeciso; el bolsillo coincidía con la herida, estaba adherido al gran coágulo que restañaba la poca sangre que quedaba en aquel cuerpo. De levantar aquel paño de americana ya rescó y pegado hasta la piel, el hombre se moría sin remedio.

— Busca, saca, seguía diciendo aquella mano trémula, descarnada y llena de ansias.

El policía titubeaba aún; mas al fin, con el deseo de salir de una situación tan violenta y peligrosa, cogió la americana y... dejó escapar la vida del infeliz. Entonces intentó sacar la libreta del charco de sangre del bolsillo, decidido todavía á cumplir aquel encargo sagrado; pero impregnada de sangre como estaba, desistió. Volvió á extender sobre el pecho la

americana, acalló su conciencia endosando la responsabilidad de su crimen á la casualidad, y viendo al muerto bien muerto, dejó la luz sobre la mesa, encendió un cigarro y acabó de ahogar sus escrúpulos diciéndole entre dientes:

— ¡Bah! Quien roba á un ladrón, ha cien años de perdón. ¿No lo dice el refrán?

NARCISO OLLER

LA CIENCIA DE LO BELLO



José de Echegaray

Mucho se ha escrito y mucho se ha discutido acerca de este tema. Y no puedo tener la pretensión, no ya de resolver, pero ni siquiera de plantear, en las breves cuartillas de un artículo, escritas al correr de la pluma, improvisadas casi, cuestión tan honda y tan debatida.

Valga, pues, cuanto voy á decir, como

meras observaciones ó como ligeros apuntes, que pudieran, cuando más, servir á manera de guías ó jalones á un estudio detenido y concienzudo, digno por lo menos de tan difícil y trascendental problema.

Sin otra pretensión, allá van unas cuantas ideas que me salen al paso, y que desordenadamente recojo.

Y lo primero que ocurre preguntar es esto: ¿Pero, es que existe realmente una ciencia de la belleza? ¿Existe lo bello con realidad objetiva? Quiero decir: ¿Hay objetos, en la naturaleza y en el arte, que se distinguen esencialmente de los demás, y á los que podemos aplicar esta misteriosa cualidad de la belleza? Como hay cuerpos más pesados que el aire y otros que lo son menos; como hay superficies materiales que reflejan el color azul, pongo por caso, y que se dicen azules, y otras que no reflejan ningún color y que se llaman negras; como en química cada substancia tiene sus propiedades particulares distintas de las que poseen otras substancias, así en este mundo misterioso de la Estética objetiva, ¿existirá la propiedad de la belleza encarnada en los objetos de tal suerte, que habrá objetos bellos y objetos indiferentes y objetos impregnados de repugnante fealdad?

O, por el contrario, todo cuanto existe en la naturaleza y en el arte ¿será de igual condición ante la Estética, como fondo insubstancial y descolorido, que á merced de las circunstancias producirá en el ser humano impresiones de placer ó de dolor, no por mérito intrínseco del agente que actúa, sino por cualidad propia del ser sensible que recibe la impulsión externa?

De suerte que, como existe una ciencia de las propiedades físicas y otra de las propiedades químicas, y como hay una doctrina ética, y como hay una disciplina jurídica, ¿existirá una ciencia, una doctrina y una disciplina de la belleza, ó no existirá más que el capricho circunstancial y variable del sentimiento?

Hay quien contesta afirmativamente á todas estas preguntas; y autores hay que se han esforzado por crear la ciencia llamada Estética, ó en su totalidad ó en alguna de sus partes. Pero autores hay también, y de gran altura, que lo niegan.

Kant, sin ir más lejos, en su crítica del juicio, niega que la belleza pueda sujetarse á conceptos intelectuales. Y aunque algo retrocede, en el curso de su estudio, de esta primera negación, una buena parte de ella queda en pie, cerrando el paso, como la tremenda sentencia del *Infierno* del Dante, á los que acuden con la esperanza de buscar leyes del orden racional para estos fenómenos complicadísimos de la emoción estética y de los objetos que la producen.

Respetando los profundos conceptos del gran filósofo y de los que de cerca ó de lejos le siguen, con más ó menos autoridad, yo rechazo de todo en todo el fallo desconsolador, anticientífico y, á mi entender, absurdo, de cuantos niegan la existencia posible, por lo menos, de una ciencia que estudie las leyes del placer y del dolor *desinteresado*.

Prescindiendo, por supuesto, de la opinión de aquellos que desconociendo la naturaleza del problema, la historia de sus transformaciones y las obras de las grandes autoridades que han defendido, ya la tesis positiva, ya la negativa, niegan toda ley estética para que el terreno les quede franco y puedan en él ejercitar su crítica insubstancial, que no viene á ser en el fondo más que una serie arbitraria de conceptos más ó menos literarios. Verdaderos impresionistas son los tales de su propia manera de sentir; y con el

mayor desahogo, y casi sin tener conciencia de ello, aplican, cada veinticuatro horas, un criterio distinto al juzgar las obras literarias. Y es que hay mucha gente, en efecto, para quienes hacer una crítica es escribir un artículo de frases más ó menos efectistas, impregnadas, ora con la melaza del elogio, ora con la salmuera de la censura; pero sin que se justifiquen, en el orden intelectual, ni la censura, ni el elogio.

Yo creo, según he dicho, que existe la ciencia estética, ó en potencia ó en acto, como decían los aristotélicos. Quiero decir, que si no existe ya como ciencia ordenada, existen grandes materiales para su ordenamiento; y que aun dado caso que hoy no sea un hecho, llegará á serlo algún día. Como no era una ciencia la alquimia, y, sin embargo, de ella brotó la química. Como no era una astronomía definitiva la astronomía de Hiparco, y hoy adivina astros que no ha visto nunca, y analiza las substancias de soles y nebulosas cual si estuviesen encerrados en las retortas de un laboratorio.

Pero que existe ó existirá la estética, ¿qué duda tiene?

¿No se refiere á un orden determinado de fenómenos, fenómenos inconfundibles con los demás que llaman el Cosmos? Y todo grupo de fenómenos de la misma naturaleza, ¿no está sujeto á leyes? Y el conjunto de leyes, ¿no es precisamente lo que constituye la ciencia? Pues es evidente que este razonamiento, tan sencillo como inquebrantable, se ajusta matemáticamente á todo aquel conjunto de hechos en que domina la nota característica de la belleza.

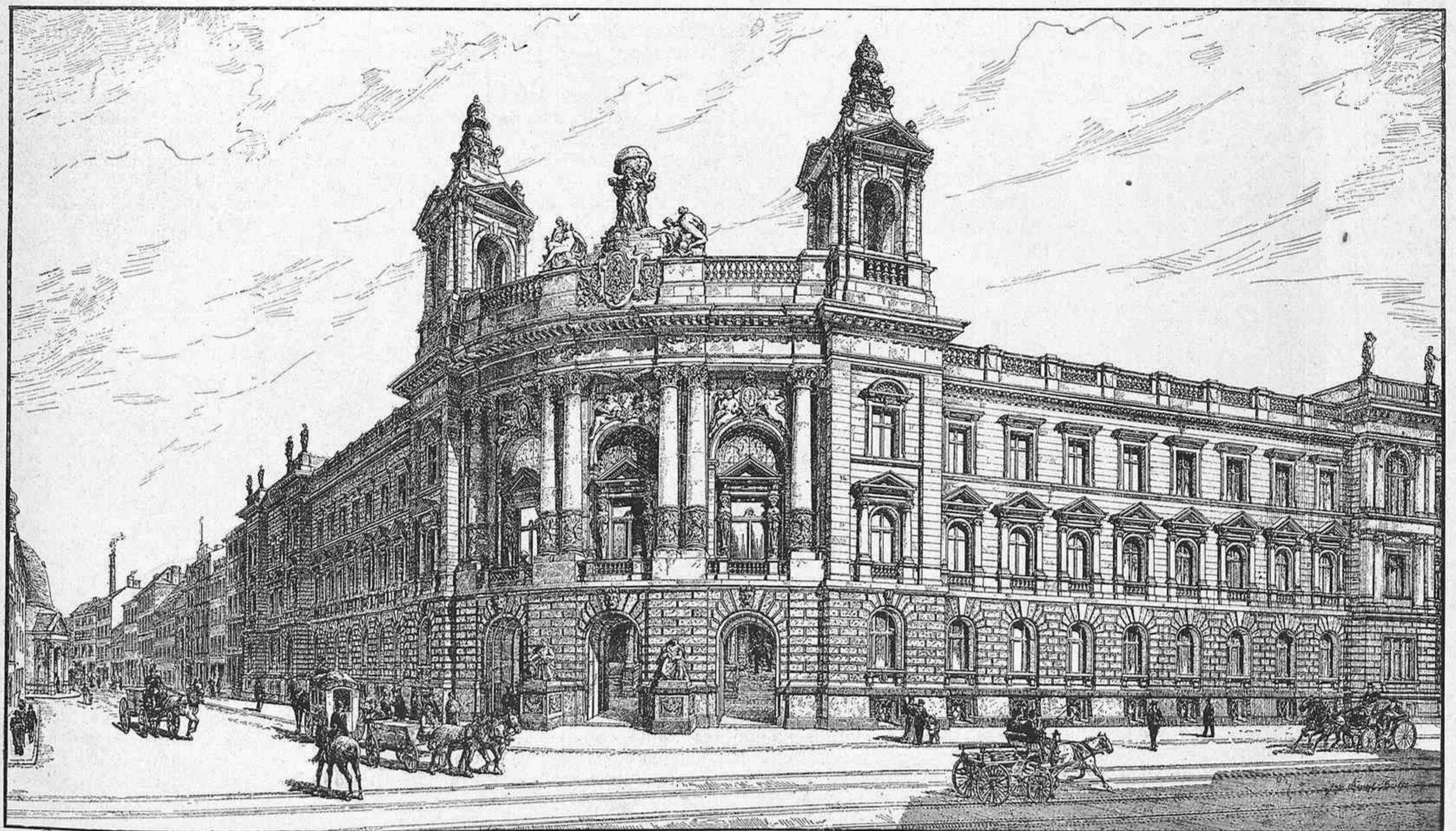
Es una argumentación cerrada, sencilla y firmísima que se aplica á nuestro caso, sin que



D. Manuel Cabrinety, D. Carlos Orta y D. José Caro, director y profesores primero y segundo respectivamente de la Escuela Náutica de Talcahuano, Chile (de fotografía)

deje resquicio á la duda, ni por-tillo por donde pueda entrar la refutación.

¿No se agrupan, en efecto, los fenómenos por sus analogías, relaciones y semejanzas, ni más ni menos que en un edificio se agrupan los accidentes arquitectónicos por fachadas? Pues así como en la esfera celeste las órbitas de los astros, sus avances y retrocesos, su brillo y sus figuras, su posición y sus cambios constituyen un conjunto de hechos de cuyo estudio brota la astronomía; así como las relaciones íntimas de los cuerpos, sus acciones y reacciones, ácidos y óxidos y sales y el calor que desarrollan al combinarse ó descomponerse, y todo lo que ocurre, en suma, en ese mundo de los infinitamente pequeños que se llaman átomos y moléculas, por ser fenómenos del mismo orden, por estar contiguos y relacionados y no confundirse con otro alguno constituyen un grupo perfectamente definido, que es el grupo de los fenómenos químicos y dan lugar á la ciencia química; así como, por último, para no acumular ejemplos, las acciones de los hombres, buenas ó malas, las que hacen derramar sangre ó las que hacen derramar lágrimas, las que llegan embravecidas como la pasión ó las que llegan sublimes y tranquilas como el sacrificio, constituyen otra esfera especialísima de fenómenos inconfundibles con los restantes y cuyas leyes forman la ciencia que se llama Moral, asimismo los fenómenos que pudiéramos llamar estéticos forman otro grupo aparte, riquísimo en manifestaciones diversas, tanto ó más que los fenómenos de la Física, de la Química, de la Astronomía ó de la Moral, y que deben estar sujetos á leyes, como está sujeto á ley cuanto existe.



La nueva Casa de Correos de Berlín



BADAJOZ. 1812. COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE R. CATÓN WOODWILLE, EXPUESTO EN LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

Como se agrupan los astros que voltean en la extensión; como se agrupan las moléculas que vibran en lo interior de los cuerpos; como se agrupan las pasiones que vibran cual la nota ó rugen cual la tempestad en el corazón humano, es natural y es lógico y es inevitable que agrupemos los objetos que se llaman bellos y que nos hacen sentir placer inconfundible con ningún otro placer, ó dolor inconfundible con ningún otro dolor, para constituir con ellos y con sus leyes la ciencia de la Estética.

¿Quién duda que la Estética existe? ¿Quién puede negarlo aun llamándose Kant, que, aunque genio profundo, no era genio infalible? Es preciso hoy, para atreverse á formular negación semejante, ó ser un mísero fabricante de frases, ó ser un nihilista blasfemo de todo orden, ó ser un fanático esclavo de ideas preconcebidas.

Los hechos estéticos existen: nadie se atreve á dudarlos. Existen radiantes puestas de sol y risueñas alboradas; mares espléndidos y altas montañas con sus coronas de nieve; espumas en las ondas, y flores en los campos, y sombras en los bosques, y armonías supremas en toda la naturaleza. Existen acciones que estremecen nuestro ser con estremecimiento sublime, que es á modo de aspiración hacia un infinito que nos domina, ó que es atracción de un abismo que nos llama. Existen versos de Homero y de Virgilio y de Dante, y dramas de Shakespeare y grandezas de Calderón y aventuras del Quijote, la Venus griega y catedral gótica, y así miles y miles de hechos, todos revolviéndose en el mismo cielo, como en el cielo azul se revuelven los astros; todos perdiéndose en el mismo misterio, como en los misterios intermoleculares se revuelven las moléculas. Pues existen también, lo diremos una vez más, los hechos y los fenómenos estéticos como una de tantas fachadas de este infinito monumento del Cosmos, que sólo fachada por fachada puede ir estudiando el hombre.

Y si existe el fenómeno estético bien definido, ¿no ha de estar sujeto á leyes? ¿Dónde se ha visto nada entregado al azar, aunque nuestra ignorancia pronuncie este nombre cuando no sabe decir otra cosa?

Pues si háy *fenómeno* y hay *ley*, hay *ciencia*; y pueden negarla cuantas veces gusten los espíritus superficiales ó los espíritus vanidosos, que quieren hombrarse con la creación y arrancarla sus ejes por el gusto estúpido de verla desquiciada.

Pero materia es esta en que voy entrando, que no tiene cabida, por lo extensa, en el presente artículo.

Otra vez será. Por hoy conste que la Estética existe, como existen todas las demás ciencias ó ya formadas ó en vías de formación.

JOSÉ ECHEGARAY

NUESTROS GRABADOS

Regreso, cuadro de F. Miralles. — Entre los muchos cuadros del Sr. Miralles que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido, hay varios que representan escenas de playa y en todos ellos se ve que el distinguido pintor catalán no sólo se preocupa de trasladar al lienzo los hermosos colores del cielo y del mar de nuestra costa de Levante, bellos como pocos, sino que procura animar el cuadro con algo que comunique una nota de sentimiento á sus admirables copias de la naturaleza. Esto, que nuestros lectores habrán podido ver en las distintas obras de este género que, como decimos, hemos publicado del mismo artista, confirmase una vez más en el *Regreso*, en donde entre otras figuras, admirablemente dispuestas, se destaca el grupo del viejo pescador amorosamente abrazado á su hija después de una ausencia terrible, no por su duración, sino por el peligro que corriera su existencia, amenazada de continuo por la tempestad que le sorprendió mientras embarcado en frágil barquilla se dedicaba á su penosa faena.

Stella Maris, cuadro de Mme. Demont Bretón. — Entre las mujeres que con más éxito cultivan en Francia la pintura, ocupa uno de los primeros lugares Mme. Demont Bretón, algunas de cuyas obras hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Actualmente tiene expuesto en el Salón de los Campos Elíseos de París el hermoso cuadro *Stella Maris*, de conmovedor asunto y de ejecución admirable. A merced de las embravecidas olas flotan los restos de un buque destrozado por el temporal y atados á ellos dos pobres naufragos, un marinero y un grumete, rendidos de tanta lucha, medio muertos, abandonanse impotentes á su suerte y esperan sin

conciencia ya de su situación, el último golpe que ha de sepultarles en el mar, mientras en el fondo del lienzo aparece la Estrella de los mares con su Divino Hijo en brazos, último rayo de esperanza para los infelices que ya sólo del cielo pueden recibir su salvación ó la eterna recompensa de sus tormentos horribles. Mme. Demont Bretón ha sido recientemente nombrada caballero de la Legión de Honor, y la obra que ha enviado al Salón de este año ha sido unánimemente elogiada por los críticos parisienses más reputados.

zado el grado de perfección que tiene si allí se hubiese seguido el sistema de cambios de alto personal que en otras naciones, la nuestra por ejemplo, es consecuencia de una política tan mal entendida como de funestas consecuencias. El doctor Stephan es director general de Correos en Alemania desde 1870; este hecho es por sí solo más elocuente que cuanto pudiéramos decir comentándolo, y explica al mismo tiempo por qué el servicio de comunicaciones en aquella nación puede considerarse como modelo y cómo en un período de veinticinco años se han podido levantar en distintas poblaciones del imperio hasta 300 edificios, algunos de ellos magníficos, exclusivamente destinados á correos y telégrafos: sólo en Berlín, además del que nos ocupa, hay otros cuatro destinados á oficina principal de telégrafos, á correos, á la dirección general de Correos y á correos de la corte.

Badajoz, 1812. Cuadro de R. Catón Woodville. — En 10 de marzo de 1812 puso el ejército aliado á las órdenes de Wellington sitio á la plaza de Badajoz, que ocupaban los franceses mandados por Phillipón. Duro fué el ataque, pero no lo fué menos la resistencia: sucedíanse las tentativas de asalto, pero el valor de los sitiadores estrellábase ante las defensas acumuladas por los sitiados en las brechas por los cañones de aquéllos abiertas. Por fin, un supremo esfuerzo de los aliados en la memorable noche del 6 de abril hizoles dueños de la ciudad: tres mil quinientos hombres cayeron muertos ó heridos en aquel asalto y más de dos mil perecieron dentro ya de las brechas. No es, pues, de extrañar que Wellington al llegar aquella misma noche ante los muros de la plaza se sintiera profundamente impresionado al ver cuán cara había costado la victoria. Este es el momento elegido por el eminente pintor inglés Catón Woodville para el cuadro que en este número reproducimos, y del cual no hemos de hacer elogio alguno porque es de aquellas obras que por la grandiosidad de su concepción, por su composición admirable, por su irreprochable ejecución emocionan intensamente, y cuando esta emoción se produce huelga toda alabanza. Además de que harto conocido es en el mundo del arte el autor de esta y de tantas otras preciosas pinturas, muchas de las cuales han podido admirar nuestros lectores reproducidas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La primavera de la vida, cuadro de Noé Bordignon. — La primavera de la vida en sus dos más bellas manifestaciones ha servido de tema al distinguido pintor veneciano Noé Bordignon, para producir el bellísimo cuadro que reproducimos. La naturaleza revestida con sus espléndidas galas y la joven campesina con los atractivos de su belleza, sintetizan perfectamente la idea desarrollada por el artista. A la monotonía de tintas del tético invierno sucede la variedad de tonos de la más bella de las estaciones: las plumizas brumas que cubrían la celeste bóveda se desvanecen por la fuerza vivificadora del estío rey, abarcando nuestra vista la inmensidad del espacio; los árboles, que antes extendían su escueto ramaje, púebanse de hojas; los campos, agostados por la nieve, cubrense de verdura y de matizadas y olorosas flores, y todo, cual si renaciera, recobra su fuerza y perdida vitalidad. Lo mismo sucede, en otro orden, con la humana criatura. La juventud es la verdadera primavera de la existencia, ya que el organismo adquiere su completo desarrollo, la imaginación obtiene la firmeza en las ideas y el corazón empieza á experimentar sensaciones que marcan quizás el futuro modo de ser.

Tal es la composición desarrollada en el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, que figuró dignamente en la sección extranjera de nuestra última Exposición de Bellas Artes.

MISCELÁNEA

Teatros. — Londres. — En el Liceum se ha estrenado con buen éxito la comedia *Don Quijote*, basada en la obra de Sardou del mismo título, recientemente fracasada en París. En el arreglo inglés se han introducido importantes modificaciones que han mejorado notablemente el original. En el desempeño del papel de protagonista ha conseguido un triunfo entusiasta el célebre actor inglés Irving. La obra ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito en el teatro de la Princesa *De México á Villacorneja*, gracioso juguete cómico escrito sobre el pensamiento de un vaudeville francés por los Sres. González Llana y Francos Rodríguez, y *El candidato*, bonita zarzuela en un acto de los Sres. Conde y González con música del maestro Valverde (padre).

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La familia Boniquet*, graciosa comedia en tres actos, arreglo de una obra francesa hecho con mucha gracia y habilidad por el Sr. Guasch y Tombas; en el Tivoli *Re é conserto*, traducción de la preciosa zarzuela de Vital Aza y del maestro Chapí *El rey que rabió*, que tan popular se ha hecho en España; y en el Liceo la ópera en tres actos del maestro Albéniz *Henry Clifford*, que fué acogida por el público con verdadero entusiasmo, habiendo sido muy aplaudidas las principales piezas, entre las cuales sobresalen un dúo de contraltos, un coral funerario y el final del primer acto y un rondó de tenor, el bailable de hadas y gnomos y la fiesta campestre del acto segundo; las deficiencias de la ejecución no permitieron apreciar debidamente las bellezas del tercero. En el Principal ha celebrado su beneficio el Sr. Vico, que ha sido objeto de una ovación inmensa.



La primavera de la vida, cuadro de Noé Bordignon

El director y dos profesores de la Escuela Náutica de Talcahuano. — Esta escuela está instalada á bordo de la corbeta de guerra *O'Higgins*, célebre por el papel que desempeñó en la última revolución, y de la cual es en la actualidad comandante D. Basilio Rojas, oficial de la armada chilena: fué inaugurada en 1893, y hoy, según opinión de una gran parte de la prensa de Chile, es la más floreciente de aquella república, habiendo merecido entusiastas elogios de todos los delegados del gobierno que la han visitado. Es director de la misma D. Manuel Cabrinety y profesores primero y segundo lo son D. Carlos Orta y D. José Caro, los tres españoles, que á pesar de los cargos que ocupan no han abdicado de su nacionalidad: visten el uniforme de oficiales de la Armada, disfrutando de las mismas ventajas que éstos, pero sin mezclarse para nada en lo relativo al ramo de guerra.

La nueva Casa de Correos de Berlín. — El incremento que ha adquirido Berlín desde que de capital de Prusia pasó á ser capital del imperio, raya en lo maravilloso. Un solo dato lo demuestra elocuentemente: su población, que en 1861 era de unos 520.000 habitantes alcanza hoy la cifra de 1.600.000. Al aumento de población ha correspondido naturalmente el mayor embellecimiento de la ciudad, en la que actualmente álzase magníficos edificios públicos que en número y calidad pueden competir con los de las primeras capitales del mundo. Hace poco reprodujimos el magnífico palacio del Reichstag; hoy publicamos una vista de la nueva Casa de Correos, por la cual podrán formarse nuestros lectores una idea de la importancia que allí se da á una rama de la administración pública que es indudablemente de las que mayores servicios prestan á una nación y por ende de las que mejor deben ser atendidas. El edificio, como se ve, es suntuoso y en él se hallan reunidas todas las oficinas centrales de correos y telégrafos, las habitaciones particulares del ministro, la escuela de Correos y Telégrafos y el notabilísimo Museo Postal, en donde se puede estudiar toda la historia de los correos alemanes. Este servicio de comunicaciones es objeto preferente de las atenciones de todos los gobiernos alemanes; á pesar de ello, quizás no habría alcan-

VENGANZA CORSA

NOVELA ORIGINAL DE JORGE DE LYS

ILUSTRACIONES DE SAUBER

I

El otoño ostentaba todas sus galas; los matizados pámpanos cubrían en parte los racimos de moscatel, semejantes á lágrimas de oro, y más arriba, en la montaña, á través de los árboles, veíase una cosecha menos rica, pero igualmente benéfica, la castaña, ese pan de la Córcega tan apreciado de sus habitantes. Desde las gruesas ramas de los árboles las cáscaras abiertas dejaban caer sobre la hierba rojiza los frutos parduscos y las cúpulas vellosas. Agachado entre el follaje, Guido Arrigo Rosoli, con las mangas recogidas sobre sus brazos musculosos, curtidos por los rayos de un sol benéfico, ocupábase en varear los troncos, haciendo caer los frutos, que cubrían el suelo. De pronto se detuvo, limpió con el dorso de la mano su frente inundada de sudor, y blandiendo otra vez su palo, segó las hojas de un vigoroso golpe.

Las hojas, alas rotas, cubrieronle en su caída, y como eco de su queja, un grito doloroso detuvo su brazo, levantado para golpear de nuevo.

A sus pies, una joven oprimía con la mano su mejilla herida; Guido la reconoció á través del ramaje.

— ¡Ana Deal!

Se deslizó por el tronco lacerándose las rodillas, y al punto se acercó á la joven; después, balbuceando algunas palabras, separó suavemente la mano de la herida. En la fresca tez de la mejilla en flor veíanse algunas gotas encarnadas. Guido se afligió y sonrióse la joven.

— No es nada, Guido, dijo ésta; debí haber tenido más cuidado.

Pero él se lamentaba y acusábase de torpe por haberla herido.

Ante aquel pesar de Guido tan desproporcionado con el mal que había hecho, Ana se entregó á un acceso de hilaridad. Desconcertado al principio el joven imitóla; pero la mejilla estaba roja, y como cerca había una fuente, Guido quiso conducir allí á la joven.

Los dos penetraron bajo la espesura, hablaron como pajarillos que gorjean alegremente, olvidando el objeto de su excursión en la embriaguez de las soledades; maquinalmente se extraviaron, y cuando más distraídos iban vieron que les cerraba el paso un torrente que por la opuesta orilla lindaba con un pequeño estanque donde se precipitaba una graciosa cascada.

— ¡Espera!, gritó Guido.

Y cogiéndose á una rama, saltó á la corriente; solamente su cabeza sobresalía del ribazo; después abrió los brazos, y con el pecho dilatado volvió á gritar:

— ¡Salta ahora!

Vaciló la joven, confusa y vergonzosa; pero después se agachó para deslizarse á lo largo del declive pedregoso. Guido dió un salto, la cogió, condújola á la orilla opuesta y sentóla sobre la hierba, lentamente y como con sentimiento. Con las mejillas encendidas, Ana ocultó el rostro entre las manos. Sobre el corazón del hombre despertóse el suyo, y el amor naciente se desbordó en pesadas lágrimas.

— ¡Lloras?, preguntó Guido.

Y se arrodilló ansioso ante la joven, que moviendo la frente dejó ver por entre sus dedos desunidos su mirada conmovida y su sonrisa feliz, y abandonó sus manos entre las que las solicitaban, quedando unidos en estrecho abrazo aquellos dos jóvenes cuyas miradas se confundieron en un rayo de amor.

— ¡Te amo!, exclamó Guido. ¿Quieres ser mía?

— Mi padre te aprecia, y yo quiero ser tuya. Ven conmigo para que nos bendiga.

Y la bendición del padre los desposó...

Señalóse el día para la boda; Guido apresuró los preparativos, y marchó á Sartene á fin de evacuar algunas diligencias y elegir el anillo nupcial.

II

En la pesada hora del mediodía, la sala parece tener más prolongado su rectángulo, aplanado por el



— No es nada, Guido; debía haber tenido más cuidado

techo bajo de vigas ahumadas; á través de la penumbra las mesas dismanteladas destacan sus aristas geométricas, y sus pies se confunden vagamente con los travesaños confusos de las sillas alineadas. A través de los postigos cerrados se desliza acá y allá un rayo de sol, cuyas estrechas fajas luminosas se reflejan alegremente en el enjambre zumbador de las moscas y en la danza de los átomos.

Cerca del mostrador, en el ángulo más apartado de la taberna, tres hombres están apoyados sobre una mesa, y en la inmediata se ven numerosas botellas vacías. Uno de ellos, Antonio Lovinchi, baraja con pesada mano un juego de naipes grasientos..., y la partida continúa en silencio.

Uno de los jugadores perdía de continuo. Reconociábase en él al montañés por su traje fiel á las antiguas modas nacionales: gorro largo y puntiagudo de lana pardusca y peluda, caído sobre la espalda; chaqueta de terciopelo de color castaño; faja encarnada que ceñía el calzón, cuya parte inferior se perdía dentro de unas polainas altas de cuero leonado. En el bolsillo interior de la chaqueta asomaba la extremidad del mango de un puñal, á punto de ser cogido por la mano izquierda para que la derecha pudiera desenvainarle más pronto.

El montañés levantóse de improviso, y con brusco ademán barrió la mesa.

— ¡Eh!, exclamaron los otros. ¿Qué quiere decir eso, Guido Arrigo Rosoli?

— Esto quiere decir, balbuceó Rosoli con los dientes apretados y los labios temblorosos, que vais á devolverme mis cien pesetas.

— ¿Devolvértelas?

— Sí, mis cien pesetas. ¿Me oís? Y las pido porque tú, Lovinchi, te entiendes con Juan Bautista Scinetro para robarme mis escudos.

— ¡Hola!, replicó Antonio. Reprime esa lengua; por esta vez te perdonamos, porque la pérdida y el vino

te trastornan sin duda..., pero no digas más, ó de lo contrario saldrán á relucir los puñales.

El tabernero se interpuso; no quería escándalos en su casa.

— Has perdido, Guido Arrigo, dijo al montañés; éstos juegan lealmente, y son antiguos conocidos míos. Vamos, dales la mano sin rencor, y yo traeré una botella de mi Tallano rancio para que brindéis por la paz.

— ¡Quiero mis escudos!, gritó Rosoli, golpeando la mesa inmediata con tal violencia que las botellas acumuladas allí rodaron por el suelo con estrépito, rompiéndose en mil pedazos. Por última vez, ¿queréis devolvérmelos?

— ¡No!

— Pues ya nos veremos, dijo Rosoli con tono amenazador saliendo de la taberna.

Los gananciosos no tardaron en seguirle, después de haber pagado el gasto.

— Idos, hijos míos, murmuraba el tabernero mientras barría los restos de las botellas rotas; batíos si os place, mataos; pero no en mi casa. Mejor estaréis en la calle ó en campo raso.

Y filosóficamente guardó en su mostrador el ingreso bajo la forma de tres buenos duros.

III

Guido Arrigo Rosoli había llegado de Quenza para vender cerdos en Sartene; Lovinchi y Scinetro habían trabado conocimiento con él, y condujéronle después á la taberna, donde le propusieron jugar una partida de *scopa*, ese juego corto en que sólo se emplean las figuras y las cartas bajas. Bien fuera porque los dos compadres se entendían, ó por mala suerte, el caso es que el dinero de Rosoli pasó de su escarcela á las bolsas de los otros.

Sartene es una ciudad singular, muy pequeña, en-

clavada en una estribación del Incudine, á la cual comunican alegre aspecto los olivos que la rodean, formando como un jardín.

En su parte superior, las rocas de color gris parecen estar suspendidas, y los desnudos peñascos agrietados tienen un aspecto amenazador; á sus pies se extiende el verde valle del Rizzanese, que se prolonga, desarrollando su curso sinuoso hasta el golfo de Valinco, donde el limo de sus ondas se pierde en el azul de aguas del Mediterráneo.

La región de Sartene ha conservado en todo su primitivo salvajismo las antiguas costumbres corsas; la pólvora habla con frecuencia, y los puñales parecen salir de su vaina por sí mismos. Allí no se acata más que una ley: la ley de Lynch.

Si una pendencia termina por una muerte, el heredero de la víctima declara la *vendetta* al homicida, y desde entonces ya no hay para este último un momento de reposo. Le es preciso vivir alerta, con el ojo avizor y atento el oído; pensar que en un recodo del camino, que detrás de una espesura de jengibres, le espía tal vez un enemigo con su arma preparada... Ni aun se puede creer seguro en su casa aunque todo esté cerrado; si un ruido insólito, si el deseo de aspirar un poco de aire le inducen á dirigirse á la ventana..., se oye silbar una bala, y... «Guárdate, que yo me guardo.»

IV

Guido Arrigo Rosoli había ido á la gendarmería para dar queja contra aquellos de quienes se creía engañado; el individuo á quien expuso el caso le envió al oficial, y éste le dijo que podría presentarse al cuartel maestro. Después de retorcerse largo tiempo el bigote, el jefe contestó como por vía de fallo, que Rosoli estaba en un error, puesto que el juego era una contravención de las leyes, y que debía darse por contento con que no se formara contra él un proceso verbal; añadió que más le hubiera valido no jugar, pero que esto le serviría de lección, enseñándole á emplear mejor su peculio. En vano protestó Guido, pues solamente consiguió que le pusieran á la puerta.

Una vez en la calle, su sangre enardecida se abrasó en la sed de venganza; dirigióse á la hostería donde había estado, cogió su escopeta y examinó su gatillo; pero de pronto pensó en una joven morena, en Ana Dea, la prometida de hoy, la desposada de mañana, y por primera vez la vida errante del criminal perseguido le atemorizó. Hizo un esfuerzo para dominar su cólera, y resolvió marchar al punto á Quenza.

Cruzaba por la ciudad á largos pasos, cuando de improviso vió en un estanco á sus dos adversarios que le señalaban con el dedo y se reían á sus expensas. Un acceso de ira enardeció su cerebro dominándole completamente; desvióse de su camino y entró en la tienda.

— ¡Por última vez, dijo á los dos hombres, devolvedme mi dinero!

— ¡No!

El cañón de la escopeta se inclinó, reflejando en la pared las ondas luminosas que su acero despedía herido por el sol, y oyóse resonar una doble detonación, cuyos ecos se repitieron en los desfiladeros de la montaña. En el suelo, entre el humo de la pólvora yacían dos hombres: Scinetto con el hombro destrozado, y Antonio Lovinchi muerto de un balazo entre los ojos...

Los transeúntes obstruían ya la puerta. Rosoli saltó sobre los cuerpos de sus víctimas para buscar una salida por la parte posterior de la casa.

El estancero, detrás de su mostrador, se mantenía en la más estricta neutralidad.

Guido Arrigo cruzó por dos habitaciones; abrió una ventana, y retrocedió... El muro se elevaba á pico sobre una roca á más de ocho metros del suelo.

Entonces volvió atrás, y empuñando el puñal con la mano derecha, mientras que con la otra hacía el molinete con su escopeta descargada á guisa de maza, tomó impulso y quiso atravesar entre la multitud; pero encontróse cara á cara con José Lovinchi, hermano del muerto.

La impetuosidad de su carrera le hizo tropezar con este enemigo, en adelante mortal, y cuyo primer tiro silbó entonces á sus oídos; mas al fin salió á la calle y pudo huir. Al punto resonó otra detonación... Guido Arrigo sintió una sacudida en el hombro y tropezó; pero reuniendo sus fuerzas franqueó la rampa del camino en forma de cornisa y ganó las montañas.

José le siguió, pero se detuvo en el parapeto, y arrodillándose, con los codos apoyados en el reborde de granito, apuntó detenidamente al fugitivo é hizo fuego...

Otra vez estremeciéndose el desgraciado. Alrededor de Lovinchi resonaron algunos aplausos.

— ¡Tocado!, gritaron algunos.

— Pero aún está en pie, contestaron otros.

José volvió á cargar apresuradamente su arma. La población, ansiosa y agrupada, seguía con la vista atenta al fugitivo, que vacilaba perdiendo su sangre por dos heridas. Aquella caza al hombre excitaba á todos, y Lovinchi apuntó otra vez.

— ¡Demasiado corto!, exclamó.

La bala había rebotado en unos guijarros que se hallaban al paso de Guido, el cual muy pronto iba á estar fuera del alcance de los disparos, y la multitud murmuró descontenta. Rosoli debilitábase en sus esfuerzos supremos; un pequeño muro de piedras le cerraban el camino; al otro lado estaba la salvación, y en todo caso podría cargar allí su arma y esperar á la defensiva á Lovinchi, si se atrevía á perseguirle. Hizo un esfuerzo para franquear el obstáculo, volvió á caer, trepó de nuevo, y otro proyectil se aplastó á su lado.

Por último, reuniendo toda su energía cogióse desesperadamente al reborde del muro y montó en él; mas cuando se hallaba á punto de escapar y mientras allá arriba resonaba un grito de rabia, Guido vaciló y cayó en tierra con los riñones atravesados de un balazo.

Un grito de triunfo saludaba á José, cuando de improviso resonó otro:

— ¡Los gendarmes!

La multitud refluyó, y agolpóse para formar entre la fuerza armada y el asesino una compacta barrera: Lovinchi emprendió la carrera hacia el bosque.

Los gendarmes llegaban sin aliento, pues su cuartel estaba situado en la extremidad de la población, atravesada por una calle única. Dos individuos se lanzaron en persecución del fugitivo; pero antes de que pudiesen vencer la resistencia pasiva de la multitud que obstruía el camino, el hombre había desaparecido, sin dejar indicio de la dirección que seguía. Los soldados de guarnición que volvían de las maniobras habían sido testigos, desde lejos, de aquel sangriento drama; corrieron á fin de prestar auxilio y no llegaron á tiempo más que para levantar del suelo á Rosoli moribundo. Improvisaron rápidamente unas angarillas, y volvieron á tomar el camino de la ciudad, escoltando el fúnebre convoy.

A su encuentro salió el padre Lovinchi, blandiendo una pistola. La agonía del infeliz Guido no mitigó su sed de venganza, y vociferó:

— ¡Vas á morir; pero antes de que expires quiero que lleves mis señales!

Y al decir esto inclinó su pistola.

Los soldados se interpusieron.

— ¿Qué os importa puesto que ha de morir?, gritaba el viejo. ¿Qué tenéis que ver con nuestros odios? ¡Quiero lavar mis manos en la sangre del asesino de mi primogénito, de mi Antonio!

Se desarmó al furioso fanático, el lúgubre cortejo entró en la villa, y el moribundo fué conducido al hospital, donde expiró á la noche siguiente.

Al otro día se efectuaron los dobles funerales. Toda la población de Sartene seguía el ataúd de Lovinchi. Las mujeres proferían roncadas exclamaciones, desesperadas quejas, imprecaciones salvajes; mientras que los hombres caminaban mudos y sombríos.

Setenta parientes y amigos de Guido Arrigo Rosoli habían bajado de la montaña todos en armas, y escoltaban su convoy con la carabina preparada y el dedo en el gatillo. El cadáver, que iba descubierto, se tambaleaba en el ataúd, y el movimiento había entreabierto los párpados, que dejaban ver las órbitas vidriosas, y los labios, que dejaban asomar una sinistra sonrisa.

Los dos cortejos se cruzaron; un estremecimiento agitó á los hombres de ambos partidos, y una sangrienta lucha flotó en el aire..., pero los gendarmes estaban allí revólver en mano y la carabina al hombro, mientras que detrás de ellos brillaban las bayonetas de la infantería, y cada cortejo se alejó lentamente, no sin dirigirle una mirada de sangriento reto y una promesa de inextinguible odio.

V

A la rojiza luz del sol poniente destacábanse en el camino polvoriento las formas sombrías de los montañeses que ya llegaban á Quenza.

Entonces salió del pueblo una mujer descabellada, que con los brazos levantados se dirigía hacia el convoy. Bajo sus párpados marmóreos, los ojos negros, de mirada profunda, parecían más brillantes, y el color mate de aquel rostro joven hacía más aterradora la llama de rencorosa desesperación que brotaba de las pupilas. Al acercarse la mujer, el cortejo se detuvo.

Pasando entre los hombres, que se descubrían al verla, avanzó directamente hacia el ataúd, donde yacía el cuerpo de Guido Arrigo cubierto de polvo é

hinchado por el calor de la cánicula. La mujer iba á contemplar al novio que al morir se había llevado consigo su amor.

Miró los tristes despojos sin horror, secos los ojos, y con ademán resuelto cogió una mano que pendía del ataúd.

Y volviéndose después, fijó la mirada en los hombres, y su voz resonó vibrante.

— ¿Cuántos han pagado?, preguntó.

Siguióse un silencio profundo: los hombres retorcián entre sus dedos febriles el gorro peludo é inclinaban sus cabezas. Ana Dea, después de contemplarlos lentamente, continuó:

— Os pregunto que cuántos duelos hay hoy en Sartene que venguen el mío, es decir, el nuestro. ¿Sois mudos? ¿Sois hombres?... ¿Habéis quemado valerosamente vuestra pólvora?

Ana se erguía estremeciéndose, con la mirada fija y el oído atento. Nadie contestaba...

— ¡Oh, cobardes, que no habían vengado á su novio, á su compatriota, á su amigo!

— ¿Sois montañeses corsos, exclamó, ó viejas charlatanas? ¡Ah! Ya pueden matar á los vuestros, deshonrar á vuestras esposas é hijas; presentáis la frente á la injuria como los bueyes la cabeza al yugo..., y los ciudadanos de Quenza merecerán hasta el desprecio de los de Luca!

Orlando Rhineti, primo de Rosoli y de Ana Dea Poncevero, se acercó para hablar.

— Prima, dijo, nos juzgas mal. Los montañeses de Quenza son hombres, y perdonan la injuria que tu desesperación les ha inferido sin ofenderlos. Hubiéramos hecho á Guido sangrientos funerales, dignos de él, si entre los de Sartene y los nuestros no hubiésemos tenido los gendarmes y los soldados.

— ¿Qué me importa á mí eso Orlanduccio?, replicó la impetuosa joven.

Pero la fuerza nerviosa faltó á Ana Dea, que se arrojó sollozando sobre el cuerpo de su prometido, cubriendo de besos su frente helada y sus ojos inanimados...

— ¡Oh, Guido mío!, exclamó ¿Y no habrá quien te venga?

Después, como avergonzada de sus lágrimas, irguióse, y sobreponiéndose á su dolor, hizo un ademán para que el cortejo continuase su marcha. Ana le siguió grave y con expresión lúgubre.

VI

Al día siguiente, Guido Arrigo Rosoli yacía con sus miembros rígidos sobre la larga mesa colocada delante del umbral de su casa. La cabeza, echada hacia atrás, tenía puesto el gorro puntiagudo, y la tirantez del cuello hacía sobresalir el tiroide, cuya punta tomaba por el juego de la luz los tonos pulimentados por el uso en el color amarillento de la piel, así como en una antigua estatua de bronce de una prominencia á veces desgastada deja ver desnudo el cobre, luciente cual una herida fresca.

Al recibir noticia de la muerte de Guido Arrigo, juntáronse en Quenza todos sus parientes y amigos de Sorbollano, de Serra di Scopamene, de Mala y de Levie.

Los más robustos habían ido á Sartene á recoger los despojos mortales; mientras los otros permanecían en el pueblo para asistir á los funerales. Todos se agrupaban ahora alrededor del estrado mortuario, en plena calle, á la luz de un sol brillante, inmóviles y silenciosos.

Abrióse la puerta de la casa; la madre y la prometida del muerto se adelantaron con la frente inclinada bajo el velo de luto, y arrodilláronse junto al cadáver, reproduciéndose los sollozos. Ana Dea, levantándose de pronto, apartó el velo negro que ocultaba su semblante, y apoyando la diestra en la mano helada del muerto, con la izquierda impuso silencio á la multitud.

Todos callaron, y entonces de sus labios inspirados exhalóse con acento gutural el canto fúnebre que se desarrollaba en melopea, prolongándose en acordes dolorosos y lamentables: la virgen improvisaba su *vocero*.

«El relámpago ha brillado, seguido del rayo; — el altivo montañés vacila y cae; — el suelo ha retemblado bajo el peso de su cuerpo, — y el rocío de la noche ha vertido sus lágrimas sobre el bravo que ya no existe.

»Así el sopro abrasador del Libeccio quema la flor y mina el alerce en su savia; — la vieja muerte guarda sus besos para las frentes jóvenes.

»Ya no oírás el canto de los mirlos, — la voz majestuosa de nuestros torrentes espumosos, — ni en la espesura las esquilas cuyo sonido te guiaba hacia la que te ama y que te espera siempre.

»¡Ah! Aquel que segó tu vida debió herirme á mí

también. — ¿No teme mi venganza? — Al tocar tu corazón, puso en el mío el odio inexorable — ¡Y no estás vengado!..»

Orlando se adelantó; con su robusta mano estrechó las del muerto y de Ana Dea, y su voz varonil continuó la cantilena.

«¡Muerto!.. ¡Salud á todos! — De tu raza sigo siendo. — Demasiado joven, no tienes hijos para la sangrienta herencia; — mas por Cristo y la Madona, yo, tu pariente próximo, te vengaré. — Duerme contento; la sangre lavará tu sangre.»

Resonaron las vociferaciones mezcladas con quejas lánguidas; las mujeres se lacieron con sus uñas las mejillas, y en el colmo de la desesperación, desgarraron sus corsés; las manos arañaron los hombros y los senos formando estrías sanguinolentas, y después sacudieron sobre el cadáver aquella aspersión salvaje.

Allí estaba el sacerdote; el cadáver fué colocado en un ataúd descubierto y el triste cortejo encaminóse á través de los jengibres, hacia el panteón de la familia, edificado en el campo de la muerte. Al borde de la fosa, y antes que la tierra cubriera el cuerpo, una descarga irregular saludó por última vez á Guido Arrigo Rosoli, el asesino, que esperaba en la eternidad al que le mató á él.



Cogióse desesperadamente al reborde del muro

VII

Han transcurrido los días, las semanas y los meses: Ana Dea se mantiene rígida bajo el duelo de las viudas, ella, la virgen consagrada voluntariamente al celibato. Su alma no conoce más que el odio, y el rocío que pudiera hacer florecer de nuevo su corazón sería tan sólo una lluvia de sangre. Muda, casi feroz, recorre el país como un fantasma cubierto de negro sudario. ¡Ay! Fuera de su alma, casi nadie se acuerda ya de Guido Arrigo.

Orlando Rhinetti, fiel á los deberes de la sangre, se había puesto al punto en campaña; á veces pasaban algunos días sin que se le viera, y después regresaba para dar cuenta á Ana Dea, y después regresaba del resultado de su expedición. Escuchábase la joven, y sus ojos brillaban cuando algún indicio le parecía bueno para descubrir al asesino; pero entristeciase á cada decepción. Poco á poco creyó descubrir que Orlando estaba celoso del culto inmutable que ella profesaba al difunto; su actividad disminuyó; hubiérase dicho que se cansaba de perseguir á un enemigo invisible, y aseguraba que nadie sabía qué había sido de José Lovinchi. Tal vez habría abandonado la isla, trasladándose á Cerdeña. Pero Ana Dea movía la cabeza ante esta suposición, diciendo que presentía que estaba allí, cerca de ella, al alcance de su venganza.

Orlando anunció un día la muerte del padre Lovinchi, cuyos pasos espiaba, añadiendo que con él se perdía el único hilo conductor que hubiera podido conducirle á descubrir al bandido, por lo cual renunciaba desde luego á una persecución inútil.

Ana Dea le miró, segura ahora del rencor celoso que induce á Orlando á desistir de su venganza, comprendióle: fijó en él sus ojos y le dijo:

— Nunca se pondrá mi mano sino en aquella que haya vengado la injuria. Tenlo por entendido Or-

lando; ignoro si mi corazón puede amar aún; pero es seguro que no podré pertenecer á ningún hombre mientras que Guido Arrigo pida venganza desde su tumba. Sé que me amas; haz méritos para obtener mi mano.

— ¿Serás mía si te vengo?

— No te prometo mi amor; pero obedeceré tu voluntad, consagrándote mi agradecimiento y mi vida. Te doy mi palabra.

VIII

Ana Dea habitaba con su anciano padre en una casa de campo. Cierta día, hallándose sola, á causa de haberse ausentado aquél por algunos días, un hombre bañado en sudor y sin aliento se precipitó en la primera habitación de la entrada.

— ¡Por la Madona, exclamó con acento suplicante, sálveme usted!

— ¿Quién eres?

— Un desgraciado perseguido por los gendarmes.

— Estás en casa de corsos; nada temas; eres mi huésped.

Y abriendo una puerta, empujó al hombre en una habitación.

Apenas había vuelto al primer aposento, dos gendarmes franquearon el umbral.

— Dispense usted, señorita, dijo el oficial, retorcándose el mostacho y fijando en la joven una mirada conquistadora. ¿No habrá usted visto á un bandido á quien damos caza dos horas hace? Seguramente ha pasado por aquí.

— No he visto á nadie, contestó sencillamente Ana Dea.

— Ruego á usted de nuevo que me dispense, hermosa niña, insistió el oficial; mas no puedo creerla bajo su palabra, á pesar de la galantería francesa, que me promio de practicar. Nuestro hombre no ha podido tomar otro camino, y me veo obligado á registrar la casa.

— ¡Hágalo usted!, contestó Ana con tono desdenoso y altivo.

A una señal de su jefe, el gendarme subió al granero; mientras que aquél, fijando su vista en la puercecilla de la cueva, levantóla é iluminó el interior con un tizón cogido en el ventanar. Nada vió sospechoso, y soltando el anillo, dirigióse hacia la habitación donde Ana Dea había ocultado al fugitivo.

— Esa es mi alcoba, caballero, dijo la joven.

Y pronunció estas palabras con tal acento de casta dignidad, que el oficial se detuvo, con la mano en el pestillo de la puerta entreabierta ya. No hizo más que dirigir una furtiva mirada al interior, y cerró después, inclinándose cortésmente.

El bandido estaba salvado.

Ana no pudo disimular la expresión de contento que iluminó sus ojos, haciendo con ellos renacer la confianza en el oficial; pero la joven le intimidaba; no se atrevía á mirarla de frente, y se valió de una estratagemata.

— Dispense usted, señorita, dijo, ahora nos iremos, pero estamos muy cansados y nos morimos de sed. ¿Podría usted darnos una botella de vino fresco, pagando, se entiende, lo que valga?

— No se paga la bebida en nuestra casa, repuso la joven, porque esto no es una hoste-

ría; pero tampoco negamos un vaso de vino á quien nos le pide.

Y levantando la trampa, bajó á la cueva.

Apenas hubo desaparecido, el oficial abrió silenciosamente la puerta de la habitación y penetró dentro. Registró un armario, donde se veían colgadas varias prendas de vestir de la joven, cuyo olor aspiró sensualmente, y acercándose después al lecho se inclinó para mirar detrás de las cortinas.

— ¡Caballero .., exclamó una voz indignada, que le hizo erguirse, confuso y con la mano en la visera, como un soldado á quien su jefe sorprende en falta. Desconfía usted de mí, cuando le trato como huésped, dijo Ana Dea con acento despreciativo.

El oficial se excusó, y siguió á la joven, balbuceando algunas palabras; mientras que Ana ponía sobre la mesa un jarro y dos vasos, y dirigióle después varias frases benévolas.

— ¡Beban ustedes!, dijo Ana después de llenar los vasos.

— A la salud de la compañía, contestó cortésmente el oficial.

Los dos gendarmes saludaron con sus vasos, chocáronlos, se limpiaron los bigotes con el dorso de la mano y salieron.

A los pocos pasos el oficial dijo al gendarme:

— Quédate aquí emboscado, mientras yo voy á buscar refuerzos, porque el hombre debe estar aquí.

Y se alejó apresuradamente.

Desde la ventana, Ana Dea le había visto bajar solo por la cuesta; presintió la emboscada, y fué á prevenir al fugitivo. Encontróle pálido y tembloroso: creyó ella que era por el peligro que había corrido, pero la turbación de aquel hombre provenía de una causa que la joven no podía sospechar.

— Le espían á usted, dijo; el oficial ha marchado solo, y seguramente volverá antes de la noche para cercar la casa. Obedézcame y le salvaré.

— ¿Qué he de hacer?

— He aquí la navaja de afeitar de mi padre; córtese el bigote; usted es delgado, apenas más alto que yo, y mis vestidos le sentarán bien; tómelos usted, y apresúrese. Le esperaré en la cocina... ¡Ah!, añadió. ¡Cuidado con que le vean por la ventana!

Un instante después el bandido reapareció transformado: estaba encantador, con su rostro moreno é imberbe, su talle bien ceñido por el corsé de Ana Dea, que le oprimía un poco. La joven corsa, impasible hacía un año, no pudo menos de sonreír.

Quiso ponerle ella misma en la cabeza la toca de paño negro, y después le dió pan, jamón y una calabaza llena de vino.

— Oculte usted todo eso debajo del vestido, dijo, y ahora váyase pronto.

— ¿Y mi carabina?

— Mañana por la noche la depositaré en el hueco de aquella encina de la montaña que desde aquí se ve. No vaya usted á buscarla antes de las doce, y

hasta entonces ocultarse en la espesura, porque estará más seguro que aquí. ¡Vamos, en marcha, y que Dios le guarde!

— ¡Que la Madona bendiga los amores de usted!, contestó el bandido con emoción.

Salió de la casa y alejóse á paso natural por el camino del pueblo; mas apenas hubo andado un trecho, dirigióse hacia el bosque y se perdió en su espesura.

A la hora del crepúsculo, cuando el oficial volvió con su refuerzo, el gendarme emboscado le llamó.



— No he visto á nadie, contestó sencillamente Ana Dea

— He aquí el momento oportuno, dijo; la joven ha ido al pueblo, y podemos registrar con toda comodidad.

El oficial mandó cercar la casa, y después entró bruscamente en ella, revólver en mano.

— ¿Otra vez?, preguntó Ana Dea levantándose.

— ¡Voto á tal!, exclamó el jefe, volviéndose hacia el gendarme, te has dejado engañar como un chino.

— ¡Pero si yo he visto salir á esa joven hace una hora!, exclamó el subordinado, poseído de asombro.

— ¡Al diablo las mujeres!, murmuró el oficial, adivinando la sustitución. Nos han burlado, y ya podemos irnos, porque nada más hay que hacer aquí. Nuestro hombre está lejos, y no tenemos pruebas suficientes para prender á la joven. Imbécil, añadió, ¿no has adivinado que era el otro el que huía disfrazado con las ropas de esa sirena? No llegarás jamás á oficial, concluyó, con cierto aire de superioridad, mirando desdeñosamente al subalterno confuso.

IX

Después de vagar por la montaña, el bandido encontró detrás de una espesura de lentiscos y de brezos arborescentes una gruta natural que escogió para su refugio. Allí, después de haberse despojado lentamente, y como con sentimiento, del vestido de la virgen corsa, púsose su ropa, que llevaba sujeta á la cintura. Después, como el cuerpo exhausto reclamara sus derechos, el pan y el jamón desaparecieron muy pronto, vacióse la calabaza de vino y el joven se echó sobre una capa de helechos, poniendo por almohada las ropas de Ana Dea.

A pesar de la fatiga, el sueño huía de sus párpados cerrados; sutiles aromas hacían temblar sus labios, y su boca se entreabría como ansiosa de un perfumado beso. Un ligero fantasma flotaba sobre el joven, que no acertaba á explicarse si aquello era una evocación ó un sueño; pero lo cierto es que no dormía. Haciendo un esfuerzo, entreabrió los ojos, incorporóse, salió de la gruta, y aspiró con fuerza el aire tranquilo de la noche. En el puro cielo parecía que las estrellas hormigueaban y en la espesura oíase el canto de un ruiseñor.

El bandido volvió á echarse, apoyando siempre la cabeza en el vestido de la que le había salvado...; pero de improviso apareciósele la virgen con su belleza

sombria, aunque iluminada con la dulce sonrisa con que le consoló al marchar... Y entonces, sintiendo que su corazón palpitaba ante aquella sonrisa, bendijo á Dios por haber permitido que en él naciera un inmenso amor.

Y allá abajo, en su lecho virginal, Ana Dea sentía vagar entre las cortinas el hálito del hombre á quien había ofrecido un refugio; la rica sangre de su naturaleza meridional coloreaba sus mejillas ardientes, dilatando su garganta al pensar en el hombre que había dejado su presencia en los pliegues de las cortinas; después, la turbación que angustiaba su pudor se calmó, y vió pasar ante sus ojos deslumbrados el esbelto perfil de una hermana, con su vestido negro. Este recuerdo la hizo sonreír por segunda vez...

Ana Dea se despertó, lánguida, pero casi alegre. Las horas fueron lentas para ella; sin tener nada que hacer, é incapaz de entregarse á un trabajo cualquiera, vagaba por la casa, atraída siempre como por un encanto hacia el lecho, sobre el cual apoyaba su frente pensativa.

En un rincón vió de pronto la carabina del fugitivo, cogióla y la examinó como persona experta.

Después descargó los cañones, y esforzóse para borrar de ellos algunos puntos de orín que deshonoraban el arma; volvió á cargarla con pólvora fresca de la que tenía su padre, descubrió las chimeneas y renovó los pistones.

El sol declinó por fin lentamente para ir á extinguirse en la capa húmeda del Mediterráneo, y detrás de él la noche victoriosa tendió los crespones impalpables del crepúsculo sobre el luto del día, que había desaparecido entre fulgores de color rojizo.

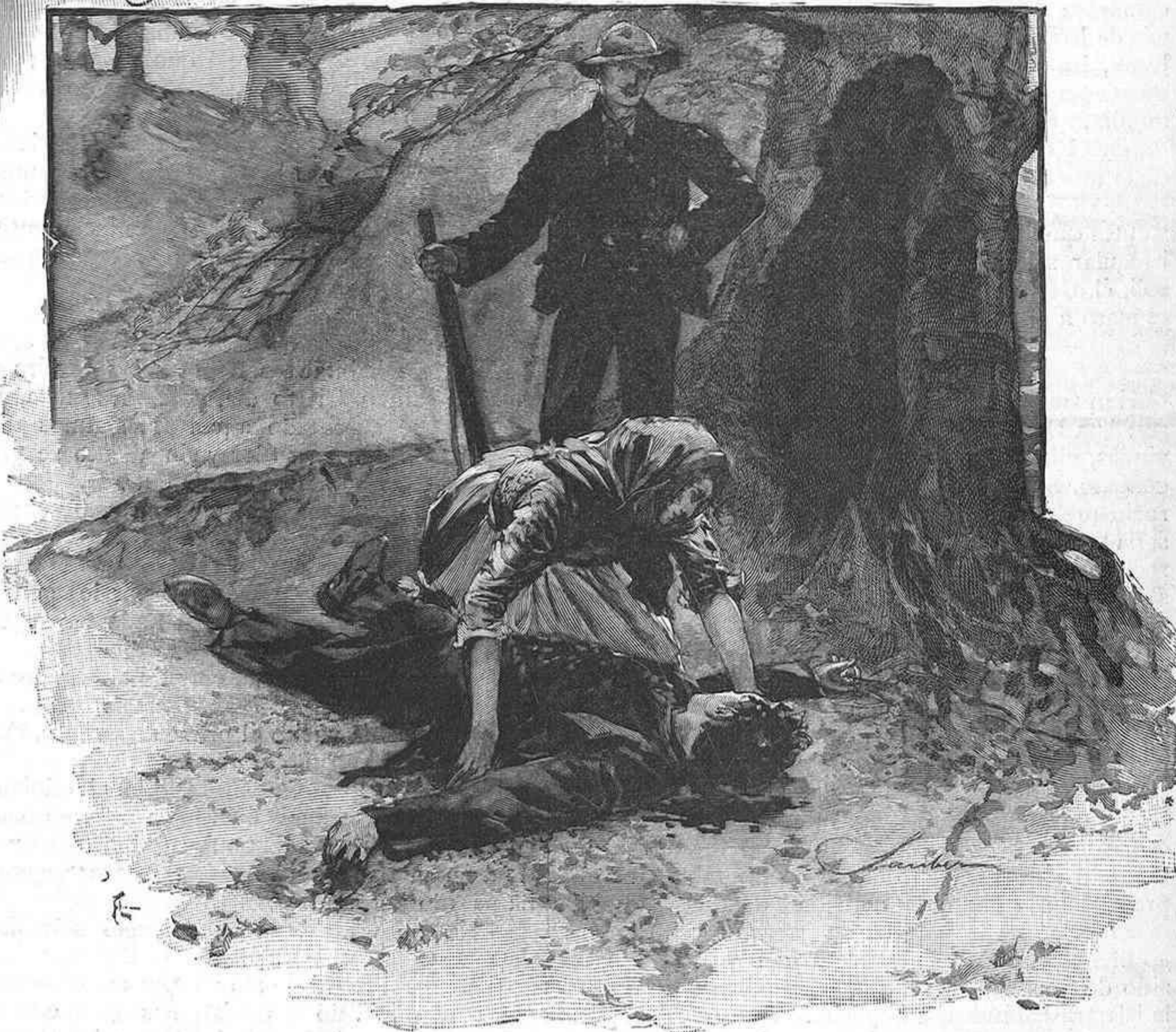
La pálida estrella del pastor pareció animarse y adquirir mayores dimensiones á medida que el azul del firmamento comenzaba á ser más sombrío... Con la carabina debajo del mantón y una cesta de provisiones en el brazo, Ana Dea se dirigió al punto de la cita. Avanzaba de prisa, como si la hubiesen llamado para una diligencia urgente, cortando de través la espesura de arbustos cargados de rojas bayas, de mirtos olorosos y de verdes lentiscos.

Muy pronto se divisó la encina, que se agrandaba cada vez más, y Ana redobló el paso.

La noche había cerrado del todo cuando la joven llegó á la cima de la cuesta: en el risueño horizonte veíase ya la luna entre su cortejo de estrellas. Una sombra se irguió de repente delante de Ana Dea, ofreciéndole las manos, y la joven abandonó en ellas las suyas. Sintió que se estremecían bajo la presión firme del hombre, y se tranquilizó, como la yegua bajo la ruda caricia de su amo.

El bandido la hizo sentar suavemente sobre el musgo, y se recostó á su lado, conservando una mano entre los dedos, mientras que con un brazo sostenía su talle. Ana Dea se abandonó, como perdida en un sueño.

Los dos guardaban silencio, prolongándose así el encanto de su



Ana cogió las manos del cadáver, levantó su cabeza y palpó su corazón

éxtasis; pero la sangre del joven se enardecía, y de pronto, inclinándose hacia la mujer amada depositó un beso en su frente.

La joven dejó escapar un ligero grito é irguióse con los brazos extendidos, desviando de sí al amante embriagado por el filtro que acababa de probar. Aturdida, sin palabra, retrocedía ante su perseguidor; pero tropezó, y apoyóse en el tronco de la encina. Entonces, la altiva y enérgica doncella tuvo un desvanecimiento, sus piernas flaquearon, y dejóse caer en tierra.

Pero en seguida se puso en pie, y dijo con solemne gravedad:

— ¿Eres tú hombre capaz de atentar contra el honor de la que te ama?

El proscrito cayó de rodillas.
 - Soy tuyo, contestó; dispón de mí.
 - Yo creía, repuso Ana Dea, exhalando un suspiro, que mi corazón había muerto para el amor; mas ahora late junto al tuyo. ¡Ay de mí! No puedo pertenecerte, porque ya he dispuesto de mi vida...
 Ana le reveló entonces el compromiso que tenía con Orlando; y el joven, después de escuchar atentamente, profirió una exclamación de triunfo.
 - ¡Nos hemos salvado!, dijo. ¿Cómo se llama tu enemigo? Yo te vengaré, dándole muerte; te lo juro; y entonces podrás ser mía sin faltar á tu palabra.
 - ¡Ah, exclamó Ana, eres todo un hombre!
 Y cogiendo entre sus manos la cabeza del bandido, le besó amorosamente.
 Cuando se separaron, después de haberse hecho mil protestas amorosas, el bandido gritó á Ana Dea, que se alejaba:
 - ¡Dime cómo se llama el hombre!..
 - ¡Ah!, exclamó Ana. ¿Quién eres tú para haberme hecho olvidar mi odio? ¿Qué pasión es la tuya, que me revela que yo no había amado aún? Soy ahora tan feliz, que perdono al hombre.
 - ¿Y tu juramento? ¿Y el mío?
 - ¡Oh!, murmuró Ana Dea con expresión de terror, he faltado, y tú eres quien debe reparar el mal, para que Dios nos perdone. El matador es natural de Sartene, y se llama José Lovinchi.
 Al oír este nombre, el bandido vaciló; pero repeniéndose en el mismo instante, repuso:
 - Cumpliré mi palabra, Ana Dea.
 Y contempló á la joven mientras se alejaba, mirándola como si quisiese incrustar su imagen en sus ojos.
 Cuando se dejó de oír el rumor de sus pasos, el joven cayó de rodillas, murmurando:
 - ¡Era la futura de ese Rosoli! ¡Desgraciados de nosotros, le he prometido mi muerte!

X

- Prima mía, dijo Orlando al entrar en la casa de Ana Dea, Guido Arrigo está vengado, y ese asesino ha dejado de existir.
 - ¿Quién le ha dado muerte?, preguntó la joven.
 - ¡Yo!
 Ana agitó los brazos y cayó en el suelo sin sentido; Orlando corrió hacia ella, levantóla y la condujo á su

lecho. Mientras que, ayudado del padre Poncevero le prodigaba sus cuidados, dijo al anciano:
 - Esto será efecto de la alegría.
 Ana oyó estas palabras al recobrar los sentidos.
 - Sí, la alegría, dijo. Tienes mi palabra, Orlando; pero antes de darte mi mano quiero saberlo todo.
 - Pues helo aquí, contestó orgullosamente Rhineti. ¿Crearás tú que ese Lovinchi ha osado venir á rondar por estos alrededores? Le han visto los mismos gendarmes de Levie, que le persiguieron hasta el territorio de Quenza, conducidos por el capitán Belhounne, un francés; pero se escapó; se necesita un corso para coger á un corso. Yo estaba ayer en Levie, en el café, cuando un gendarme refirió la aventura; acerqueme á él y le interrogué. Era Mariani, un hijo de Zicavo. Cuando supo que entre nosotros había *vendetta*, quiso hablarme á solas, y me dijo: «Tenemos orden de prender á ese hombre vivo ó muerto. Al buen entendedor con media palabra basta.»
 - ¿Qué más?, preguntó Ana con angustia.
 - Volví yo por la montaña esta noche pasada, continuó Orlando, cuando al acercarme á la encina grande que se eleva en la altura, dominando el pueblo, divisé una sombra que al parecer trataba de ocultarse: «¡Eh, Lovinchi!», grité al punto. El hombre se volvió bruscamente; yo no podía dudar, y como ya tenía el arma preparada, disparé mis dos tiros. Lovinchi cayó entonces, soltando su carabina, que rodó á pocos pasos; mas temiendo un ardid, no me acerqué sin desenvainar el puñal. Lovinchi vivía aún, y me preguntó: «¿Quién eres? Dímelo antes de rematarme.»
 - Soy, dije, Orlando Rhineti, primo de Guido Arrigo Rosoli. «Pues dirás que he cumplido mi juramento, y que José Lovinchi ha muerto en...» El estertor de la muerte le impidió concluir...
 Ana Dea, que acababa de levantarse con el rostro desenchajado interrumpió á su primo:
 - ¡Quiero verle; condúceme adonde está!
 - Pues vamos pronto.
 No tardaron en llegar á la encina.
 Tendido, con el pecho agujereado por dos balazos, los ojos muy abiertos y fijos en el cielo azul, el amante parecía esperar á su adorada en el lecho nupcial con los brazos extendidos para estrecharla por última vez.
 Rígida por su dolor, Ana cogió las manos del cadáver, levantó su cabeza y palpó su corazón.
 - ¡Oh! Está bien muerto, dijo Orlando.

Ana desvió la vista de su fatal vengador, y como viera el puñal de José que asomaba por la abertura de la casaca, cogióle y le ocultó en su corsé.
 - Déjame, dijo después á Orlando.
 Cuando estuvo sola, Ana Dea se inclinó otra vez sobre la cabeza del muerto, levantóla entre sus manos, la acercó á la suya, y depositó en sus labios inertes el último beso de amor.
 Después sacó el puñal de su corsé desabrochado, descubrió su garganta y blandió el arma... Pero de pronto se detuvo, guardóla otra vez en su seno, y murmuró:
 - ¡Aún no es hora!

XI

Luciendo el blanco traje de las desposadas, Ana Dea penetró en la habitación nupcial cogida del brazo de Orlando. Embriagado de amor el joven, quiso estrecharla entre sus brazos; pero ella le detuvo.
 Inquieto al ver la trágica expresión de su fisonomía, Orlando dirigió la palabra á su esposa.
 - ¿Qué tienes, adorada mía?, preguntó. Ya estamos solos; ha llegado por fin la hora tan esperada, la hora de la recompensa á tu vengador.
 - ¡Te odio!, murmuró Ana Dea.
 - ¡Estás loca!
 - ¡Sí, te odio porque has matado á mi amante, á mi único esposo! Sábelo ahora; sin conocer su nombre, he amado á tu víctima que me amaba á mí también. Nuestro pabellón nupcial ha sido la encina que tu mano ha convertido en un dosel fúnebre. Te odio, porque le amaba, porque le amo aún demasiado para ser tuya y lo bastante para ir á reunirme con él.
 Al pronunciar estas palabras, rasgó su vestido con rápido movimiento, dejando ver entre las blancuras vivientes del seno el acero brillante de un puñal.
 - Esta arma es la suya, Orlando, dijo la joven, profiriendo una carcajada estridente, ven á tomarla.
 La hoja del puñal brilló en el aire, y Ana Dea cayó en tierra, envuelta en sus blancos velos y con la sonrisa en los labios, mientras que en su seno se veía una mancha sangrienta.
 Y como fuera de sí, Orlando cayó de rodillas junto á la joven, murmurando:
 - ¡Los dos hemos cumplido nuestra palabra!

TRADUCCIÓN DE E. I. VERNEUIL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Théuard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abaloes, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con loduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrófulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm. 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APOL DE LOS JORET-HONOLLE
 CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Batir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR DUGOUR y C.ª, Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en Paris
 Velocipedos de precisión Excelentes neumáticos. Fr. 225
 Catálogo gratis. - Exportación

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

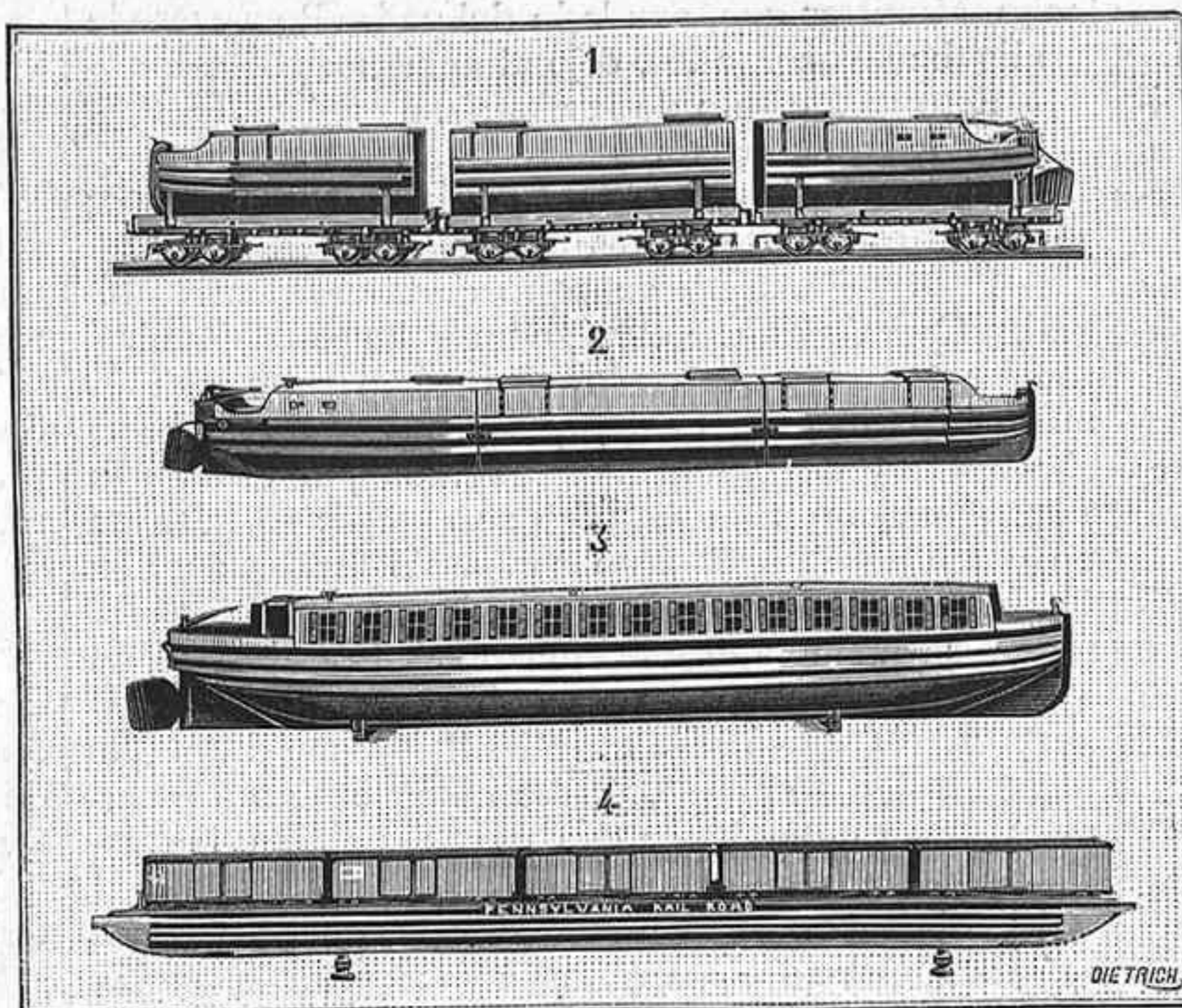
VÍAS FÉRREAS Y VÍAS ACUÁTICAS

Mucho se ha hablado de la competencia de las vías férreas y acuáticas sin tener en cuenta que unas y otras tienen su misión especial: así lo ha comprendido Alemania, en cuyos puertos de navegación interior hay instaladas vías férreas que permiten a los vagones acercarse a los barcos, con lo cual salen ganando los ferrocarriles, la navegación, los industriales y el público.

Pero en los Estados Unidos se ha ido más allá, haciendo que los canales y los lagos sean prolongación de las vías férreas y viceversa, asegurando por consiguiente el tránsito de mercancías sin necesidad de descargarlas. Verifícase esto por medio de embarcaciones llamadas *ferry-boats*.

Se ha hablado mucho de los *ferry-boats*, que desempeñan el papel de barcas ordinarias, sustituyendo a los puentes allí donde éstos serían imposibles, y por lo tanto nada diremos de ellos. Pero actualmente el uso de estas embarcaciones es corriente para servir de prolongación de una vía férrea al través de una vasta superficie de agua, permitiendo de este modo que se enlace artificialmente con otra vía férrea que va a parar al otro extremo de aquella superficie. Los ejemplos de esto son numerosos, por lo que sólo citaremos algunos. La *New York Philadelphia and Norfolk Railroad* ha tenido durante diez años un servicio de *ferry-boats* entre el cabo Charles y Norfolk (Virginia) en una distancia de 46 kilómetros. El *Toledo Ann Harbour and Northern Michigan Railroad* posee un servicio análogo entre Kewannee (Wisconsin) y Frankfort (Michigan) en una distancia de 109 kilómetros.

La Compañía *Pennsylvania Railroad* ha encontrado un sistema original, ó mejor dicho, dos sistemas sucesivos para asegurar el transporte sin trasbordo de las mercancías embarcadas en las chalanas. La figura 1 de nuestro grabado da fácil idea de la economía de este procedimiento, empleado desde el año 1843, época en que había un considerable movimiento de mercancías entre Filadelfia y Johnstown y



Material flotante y rodado de la *Pennsylvania Railroad Company*.
1. Chalana descompuesta en trucks. - 2. Chalana montada.
3. Chalana para emigrantes. - 4. Vagones sobre una chalana.

Pittsburgo. Pero entre estos puntos se alza una cordillera divisoria de aguas bastante importante, en la cual terminaban las vías navegables de cada vertiente. En este caso hay siempre el

recurso de establecer un canal divisorio cuando hay agua para la alimentación; pero se había recurrido simplemente a un *portage*, como decían los canadienses franceses, es decir, a una vía de comunicación terrestre por donde pasaban las mercancías.

En el verdadero *portage*, palabra que la lengua inglesa ha conservado invariable, hay descarga; sin embargo la compañía del *Pennsylvania Railroad*, que explotaba las líneas de navegación de aquella región, había instalado un *portage-railroad*, es decir, un «ferrocarril de portage» que formaba como un doble plano inclinado; pero cada chalana no era cargada entera sobre un vagón, sino que se dividía en tres secciones unidas, cuando la embarcación estaba en el agua, por medio de herrajes especiales.

La figura 1 representa una chalana así descompuesta, cargada en tres trucks y dispuesta para atravesar la cordillera divisoria de aguas. En la figura 2 los tres segmentos están reunidos.

La misma compañía poseía también cuando le eran de utilidad chalanas para emigrantes, una de las cuales reproduce la figura 3.

Aunque estas embarcaciones no sirven actualmente, según creemos, el sistema puede prestar servicios en ocasiones análogas.

La propia compañía *Pennsylvania Railroad* nos presenta otro ejemplo curioso de aparato que permite a los vehículos de una vía férrea pasar por una vía acuática: en efecto, tiene en el Hudson una verdadera flota de chalanas como la que representa la fig. 4, que transportan los mayores vagones de mercancías desde la estación terminus del ferrocarril a Jersey City hasta el depósito situado en Nueva York.

Todas estas cuestiones son sumamente interesantes, sobre todo en el momento en que en Siberia especialmente se prepara una gran vía de comunicación, cuyas secciones de vía férrea alternarán con las secciones de vía acuática.

(De *La Nature*) DANIEL BELLET

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

FRASCO: 3 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y terso.
GARNIER et Co. Re. St.-Denis, 16.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, Pcos. 102, B. Richelieu, Paris.

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;
ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Frasco, frascos 6.3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS,
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos
contra 8 fr. — Depósito ROCHER, Farmacéutico,
112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante
indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C^{ia}.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las
PILDORAS del DR. DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, éste no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{na} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
Par mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE, DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN